

Presentación de resultados del proyecto:

“Usos y apropiaciones de espacios públicos de Montevideo y clases de edad”



Verónica Filardo (coordinadora)
Carlos Muñoz
Sebastián Aguiar
Gabriel Chouhy
Laura Noboa
Emiliano Rojido
Pedro Schinca



Departamento de Sociología
Facultad de Ciencias Sociales
Universidad de la República

**NATURALISMO, CONSTRUCCIONISMO Y RELATIVISMO
EN LAS CLASES DE EDAD**
Estrategias de regulación del tiempo de vida

**CIUDAD HABITADA, ESPACIO PÚBLICO
Y ALGUNAS DINÁMICAS DE USO Y APROPIACIÓN URBANAS**
Montevideo vivida

**LAS MARCAS DE CLASE DE LA INSEGURIDAD:
JUVENTUD Y POBREZA**
Miedo urbano y estigmas en la ciudad

**UNA PERSPECTIVA DIACRÓNICA.
GENERACIONES EN LA CIUDAD**
Mirando el cambio

PRESENTACIÓN

Este documento contiene una síntesis de los resultados de la investigación “Usos y apropiaciones de espacios públicos de Montevideo y clases de edad”, financiada por la Comisión Sectorial de Investigación Científica de la Universidad de la República y realizada entre 2005 y 2007 por el Grupo de Estudios Urbanos y Generacionales del Departamento de Sociología de la Facultad de Ciencias Sociales, coordinado por la Soc. Verónica Filardo. La técnica utilizada para obtener la información empírica fueron, principalmente, grupos de discusión. Se realizaron 30 grupos cuyos integrantes fueron seleccionados en base a su posición económica y etaria, considerando el sexo y el lugar de residencia como variables intervinientes. El informe final completo de la investigación tiene 800 páginas y contiene varios elementos que no serán profundizados aquí; este trabajo es un resumen y selecciona estratégicamente algunos elementos que permiten una panorámica global del trabajo a la vez que un discurso ordenado. Se ordena en cuatro apartados.

[1] El primero refiere a la conceptualización de las relaciones de edad que resultó de la investigación. Presenta las distintas clases de edad que se distinguen en función de la posición ocupada en el espacio social, así como los “defectos de visión” que operan en la identificación de éstas (miopía, hipermetropía, visión doble). Se realiza una primera aproximación a los sentidos atribuidos al ser joven y a las estrategias -reales y simbólicas- para regular la autoimagen.

[2] El segundo presenta la perspectiva “del habitante” que se utilizó en la investigación para acercarse a la ciudad y a los espacios públicos; se realiza un breve repaso bibliográfico y se argumenta la decisión adoptada, ejemplificando su pertinencia con algunos ejemplos de dinámicas concretas en Montevideo.

[3] El tercer capítulo toma una temática, la inseguridad ciudadana (que aparece como uno de los factores más relevantes en el uso del espacio público urbano), para ejemplificar la importancia de las dimensiones estructurantes de la investigación; desde ellos se logra un diagnóstico de cómo operan a nivel simbólico las desigualdades sociales en el uso y las representaciones urbanas.

[4] El cuarto y último capítulo aborda la perspectiva diacrónica del estudio, discutiendo los conceptos de generación, edad y clases de edad, y las distintas formas de vivir la juventud. Se trabaja empíricamente con la visualización del cambio de la ciudad vivida por las distintas “juventudes” que habitaron y habitan Montevideo.

[1] NATURALISMO, CONSTRUCCIONISMO Y RELATIVISMO EN LAS CLASES DE EDAD Estrategias de regulación del tiempo de vida

Niños, jóvenes, adultos, viejos: nociones del “sentido común”. La edad **parece ser** el sustrato de todos estos términos. Sin embargo, hay desajustes notorios entre la edad cronológica y las clases de edad: ¿hasta cuando se es joven?, ¿a partir de qué edad se es viejo? Pretendemos mostrar cómo las clases de edad operan en la “actitud natural”¹ como designadores rígidos de varios procesos sociales de significación. Trabajando sobre la juventud en específico, se mostrará cómo las clases de edad son situadas (adquieren sentido en contexto social y epocal) y relativas (varían en los diferentes campos, aún conservando elementos que las caracterizan).

1.1 LAS “CLASES DE EDAD”: SENTIDO COMÚN Y CIENCIA SOCIAL

La relación entre el conocimiento científico y el cotidiano ha sido muy discutida en sociología. Para Durkheim *“El sociólogo...debe emanciparse de las ideas falaces que dominan a la mente del lego; debe arrojar de una vez por todas el yugo de estas categorías empíricas que, por la costumbre, se han vuelto tiránicas.”* (1895/62: 32) En cambio Schutz entendió que las categorías teóricas no son otra cosa que “constructos de segundo orden” derivados precisamente del sentido común. Por eso, en su “postulado de la adecuación” propuso que *“cada término de un modelo científico de la acción humana debe ser construido de tal forma que un acto humano, realizado dentro del mundo de la vida por un actor individual en la forma indicada por la expresión verbal típica, sea comprensible para el actor mismo así como para sus semejantes en términos de interpretación de sentido común de la vida cotidiana.”* (Schutz, 1971: 44). En concreto, la noción de “clases de edad” refiere a las distintas posiciones que agrupan individuos en el continuo de las edades (“jóvenes”, “viejos”, “adultos”, etc.) y cuando hablamos de “clases de edad” aparece rápidamente la “actitud natural” vigente frente a éstas. La “actitud natural” es el estilo cognoscitivo que caracteriza al mundo de la vida cotidiana en el sentido en que sus postulados [1] son “dados por hecho” (no exigen prueba), [2] son entendidos tácita y no explícitamente, [3] son constitutivos (los nuevos razonamientos se definen y prueban a través de su uso) y [4] constituyen el “telón de fondo” en el que los nuevos razonamientos adquieren sentido.

Las clases de edad, que son “obvias” y se perciben perteneciendo al orden de lo “natural”, operan como “designadores rígidos”, una noción introducida en el marco de la ontología analítica contemporánea por Kripke (1971, 1972, Arieta, 1998), y que se define como un término indexical, que designa al mismo objeto en todo mundo posible. El más claro ejemplo son los nombres propios, (“Aristóteles”) que a priori tienen siempre el mismo referente. Las clases de edad funcionan de esta manera, permitiendo una clasificación extremadamente

¹ La “actitud natural” es el estilo cognoscitivo que caracteriza al mundo de la vida cotidiana (Schutz, 1971: 44).

eficiente que lleva como resultado a la “fetichización de la edad” en la conformación de “seres” con determinados propiedades o atributos, que desde el punto de vista empírico son difíciles de sostener.

Esta situación se verifica en todas las clases de edad. Bastante claro es el caso de los “niños” o “los viejos”. Las instancias de control político, jurídico y social, y la clasificación de los sujetos en la vida cotidiana cosifican esas construcciones de tal forma que se evita el cuestionamiento acerca de la sustancia o contenido que se le atribuye. Más aún: en ocasiones estas “clases” terminan priorizándose frente a otras construcciones posibles de tal forma que se ocultan no sólo la preponderancia que puedan eventualmente adquirir en la comprensión de fenómenos de desigualdad social, sino que también se desplaza el sentido de la desigualdad a formas que eventualmente (y políticamente) resultan más “convenientes” para la percepción y tratamiento de la gestión social y política. Las clases construidas (en este caso de edad) se suponen homogéneas a su interior y a lo sumo se conciben enfrentadas entre ellas (conflictos entre viejos y jóvenes, por ejemplo, o entre adolescentes y adultos), dificultando visualizar situaciones que pueden determinar en gran medida no sólo las propias definiciones de las clases de edad sino también otros posibles conflictos. Este movimiento reificador, entonces, “coloca un velo” sobre otros procesos sociales más difíciles de detectar o de digerir, y lleva a un “descubrimiento” de ciertas desigualdades que “ocultan” (¿deliberadamente?) otras; los de clase social, por ejemplo².

Las clases de edad entonces, no son más que construcciones, en primer lugar relativas, porque cada una de ellas se re-define en función de la redefinición que sufran las otras y, en segundo lugar, situadas porque siempre deben verse entenderse “aquí y ahora”: en diferentes épocas históricas y en diferentes culturas- aún en sociedades distintas en el mismo momento histórico- adquieren no sólo definiciones sino medidas diferentes. Por esto son, como casi todas los conceptos vinculados a lo social, construcciones contingentes³. Considerando en concreto la juventud, profundizaremos brevemente estos dos componentes, el carácter situado y relativo de las clases de edad.

² Esta crítica es presentada por Enrique Martín Criado, en “Producir la juventud” (1998) particularizando en el esquema teórico en algunos informes del Instituto de la Juventud de España. Sin embargo, no se trata de eliminar “las juventudes” como objeto de investigación y trabajo, sino mejor, estudiar las determinaciones recíprocas que existen entre clases de edad y clases sociales, por ejemplo, ya que no deberían aislarse los efectos que unas tienen sobre otras y los objetos que puedan construirse desde sólo una de ellas, tienen los dos riesgos mencionados anteriormente: el concebir que las clases de edad por ejemplo son homogéneas a su interior (con independencia de las clases sociales), y el hecho que lo que aparece como designadores rígidos tiene un viso de polisemia fácilmente detectable a nivel empírico. Aún cuando a este nivel también pueda darse cuenta de la eficiencia de la edad como principio clasificatorio de los individuos (a partir de la edad se construyen las clases de edad).

³ Este tipo de cuestionamientos que aparecen como pertinentes para la variable edad, son extensibles a otras variables. Sexo y género, en particular han sido parte sustantiva de este debate (ver Filardo y Muñoz, 1999); y el tratamiento del funcionamiento de la sociedad a partir del análisis de variables, cuestionado como lógica general (es decir con independencia de las variables que se consideren), fue expuesto en un ensayo magistral de Blumer presentado a fines de los 50 en una reunión de la American Sociologist Association.

1.2 LA JUVENTUD SITUADA

Urresti entiende la juventud como producto de la experiencia histórica; un modo de situarse en la facticidad concreta del mundo de la vida. Sostiene que el contexto social y político de un determinado momento es productor y producto de los jóvenes que lo viven. Afirma que “*Se trata de épocas históricas que definen conflictos de manera diferente y en ellos, en el interior de sus líneas de fuerza, se precisa la posición de una perspectiva generacional particular, situación en la cual se vivencia la experiencia social de manera diferente.*” (Urresti, 2000: 178) La juventud más que un actor, es postulada como un emergente, y por tanto no sólo es necesario “situarla” en un contexto determinado, sino hacer el esfuerzo de comprender sus propios códigos cognitivos y vivenciales, evitando el etnocentrismo del investigador, o “del mundo de vida de otros” -por lo general adultos, aunque no exclusivamente-:

Una comparación entre épocas, más que de jóvenes puede iluminar las esperanzas y los temores, así como los supuestos pasados, las gestas interrumpidas o vigentes, que ponen de un lado y del otro de la raya a generaciones que en día se oponen entre sí, la lucha generacional que en el plano de lo simbólico define que es (y que fue) ser joven. Lo cual significa que para comprender que pasa con los jóvenes de hoy, más que pedirles o juzgarlos por aquello que hacen o no hacen respecto de los de generaciones anteriores, es comprenderlos en su relación con la situación histórica y social que les toca vivir, pues más que de un actor se trata de un emergente. (Urresti, 2000:178)

Si es atendible el planteo de Urresti desde la dimensión temporal (la falacia de proyectar para el presente categorías propias del pasado) también debe enfatizarse el riesgo de la inadecuación de esta traslación aún siendo horizontal. No hay elementos empíricos que legitimen la idea de que es lo mismo “ser joven” aún entre aquellos que tienen la misma edad. El supuesto de homogeneidad de los jóvenes es claramente rebatible desde el mundo de la vida. Las propias “situaciones de vida”, de clase social, aún de lugar residencial de individuos de la misma edad, hacen posible una variabilidad suficientemente relevante (y empíricamente demostrable) de la incapacidad de situar una posición similar entre aquellos con el mismo número de años cumplidos. “Situarse” las clases de edad integra efectivamente los objetivos de este trabajo, atendiendo a los usos y apropiaciones del espacio público desde la sociología de la edad. En este contexto, se buscó detectar usos y percepciones en los espacios urbanos donde se traman las relaciones entre clases de edad⁴.

1.3 LA JUVENTUD RELATIVA

El punto anterior nos lleva al debate que tiene lugar entre Pierre Bourdieu y Mario Margulis, acerca de la (in)esencia de la juventud, que puede situarse en

⁴ Profundizar en la noción de “espacio público” es otro de los objetivos de la investigación general. No se avanzará aquí en esa línea de trabajo, por lo que se considerarán los “espacios urbanos” en un sentido laxo. Esta decisión no atenta contra una legibilidad plena del documento.

un artículo del primero, titulado “Juventud no es más que una palabra” (1990), y en un libro compilado por el segundo, referente en sociología vinculada a la cultura juvenil, que titula “Juventud es más que una palabra” (1996). Ambas frases traducen una discusión sumamente pertinente, en la que una posición (Bourdieu) marca que no puede asignarse una “esencia” atemporal a la palabra “juventud” sino que ésta básicamente remite a una lucha simbólica de poder, que varía de acuerdo a los distintos campos en los que se produzca. La edad cronológica es un eje a partir del cual se puede clasificar a las personas, el asunto es para qué se clasifican, qué implica esa clasificación y cómo opera en un espacio social concreto. El sociólogo francés postula, de este modo, que la noción de juventud se “naturaliza”, y opera como un fetiche, como “natural” (propia de la naturaleza de las cosas, o de la gente) cuando que en realidad son construcciones que no tienen nada de natural, y muchas veces, además son productos de intereses particulares. Cuando se “clasifica”, se otorga un “sentido” y un contenido simbólico al pertenecer a una categoría u otra. A los jóvenes se les asignan determinadas propiedades o atributos (positivos o negativos) por el hecho de tener determinada edad, y a los viejos y a los adultos, otros. Como estas asignaciones son también construcciones simbólicas (y además varían en función al campo en que operen), no podrían nunca considerarse como la esencia de una cierta edad, sino como producto de lo que en determinados contextos socio-históricos y ámbitos o campos concretos se atribuye (por eso dice Bourdieu que “juventud es sólo una palabra”). A esto, se agrega el planteo de que esta construcción adquiere contenido exclusivamente a partir de la lucha de poder, que se plantea entre las “clases de edad”. Las propiedades asignadas a “ser joven” o “ser viejo” son producto (contingente a cada campo y en cada momento) de esta lucha, que es permanente en la vida social. Cuales sean las “propiedades” o el sentido que se asigne a determinada edad, establece una correspondencia entre esa edad y determinado poder (o desventaja) frente a las otras. Se podría pensar entonces, si no hay que atender, cuando se estudia a la juventud, también a las relaciones que se establecen con otras categorías de edad (con los viejos, con los adultos), ya que lo que implique ser joven deviene de luchas y conflictos entre clases de edad.

Por su parte, Margulis intenta encontrar la “sustancia” que pueda atribuirse a la juventud. A pesar de todas las propiedades que descarta por encontrar que aún entre “los jóvenes” se dan de manera no unívoca, sostiene que los jóvenes sí comparten una, que llama en terminología bourdiana, “capital temporal”, que se corresponden con la edad y hacen que juventud “no sea sólo una palabra”. El capital temporal -que es lo que definiría a la juventud para Margulis-, básicamente está asociado a la experiencia subjetiva de la lejanía de la muerte. Lógicamente esto no significa que los jóvenes no mueran, sino más bien que, a nivel de vivencia y de experiencia subjetiva la distancia con la muerte es lo que los “distingue” de otras clases de edad⁵.

⁵ Hay algunos comentarios que hemos hecho sobre este planteamiento de Margulis y que se han expresado en otros espacios, que no tienen lugar en este documento. Sin embargo se destaca que existe una suerte de concordancia entre la noción de “experiencia subjetiva de distancia a la muerte”, y los análisis de construcción de temporalidad juvenil que plantea Lasén Díaz (2002) que valdría la pena explorar con mayor detenimiento

Nuestro abordaje incluye entonces: [1] Indagar los sentidos atribuidos por los sujetos de diferentes edades, acerca de las clases de edad en general y “la juventud” en particular, [2] intentar aprehender diferencias en el sentido atribuido al “ser joven” (o adulto, o viejo) en la actualidad, en función de las posiciones en las que se ubican los individuos en el espacio social, y [3] localizar conflictos, vínculos, distancias y cercanías en la percepción.

1.4 EL MECANISMO DE ACERCAMIENTO

El riesgo de un tratamiento de las clases de edad exclusivamente basado en análisis estadísticos por tramos etarios es la reproducción de la naturalización de la edad. Aparece una cierta forma (siempre arbitraria), de definir rangos de edad y hacerlos funcionar como variable independiente para los estudios, y por lo tanto suponerla “explicativa” de los resultados diferenciales que se detecten frente a cualquier otra variable (indicador de algún fenómeno social). Ello se basa en el supuesto (y abona a su reproducción) de que el hecho de tener cierta edad determina ciertos procesos. Esto, así de simple, implica igualar los sujetos en función de la edad que tienen, homogeneizarlos, priorizando este elemento en común frente a todas las otras posibles diferencias que eventualmente puedan tener, incluso más determinantes que la propia edad en la ocurrencia de ciertos eventos sociales. Para un estudio estadístico, la edad es una variable fantástica: puede suponerse continua, admite el cálculo de todos los estadísticos descriptivos y permite el fácil uso de técnicas de análisis más sofisticadas. Además es sencilla de relevar. Pero también es una fantasía, una variable fantasmática que representa algo que está en un permanente “más allá”. El supuesto de base (inadvertido, o “no dicho”) sobre el que se apoyan los estudios de este tipo es que los grupos preestablecidos de edades, sea éste cual sea, son homogéneos al interior del rango (equivalentes). No hay duda que éste es el supuesto central para el desarrollo de algo que pueda llamarse sociología de la juventud, o sociología de la vejez, etc. y es justamente éste el supuesto más debatido y controvertido desde el punto de vista conceptual sobre el cual gira el trabajo que presentamos⁶.

Seleccionamos entonces como técnica idónea para recolectar la información empírica el grupo de discusión, en la medida en que parte del “debate” entre sujetos que, “homogéneos” en términos de algunas características consideradas teóricamente relevantes (clase social, tramos de edad y sexo), reproducen los sentidos que los contextos teóricos que cada grupo representa, en condiciones que emulan los procesos de construcción de sentido: colectiva y dialógicamente⁷. Se pone en evidencia en esta construcción -donde lo

⁶ Varios autores, entre ellos Criado (1999), sostienen que este hecho es funcional desde el punto de vista político, mostrando como las encuestas de Juventud en España, están explícitamente orientadas a utilizar los resultados de estos estudios para el *control* de la juventud.

⁷ Es pertinente señalar que la homogeneidad dada en el grupo de aquello que se entiende -por parte del investigador sin duda-, relevante, no opera de la misma forma que la “equivalencia de los sujetos” en una encuesta al procesarse sus respuestas clasificándolas en términos de variables independientes. Esto por varios motivos: primero porque los sujetos producen colectivamente un “sentido” atribuible en principio a dicha homogeneidad, que se entiende por otra parte “representativo (aunque nunca en términos estadísticos)”; sin embargo en caso de

importante no son los hablantes individuales, sino que el yo es grupal-, los sobreentendidos que operan, las lógicas argumentativas, los consensos y disensos, y en esta investigación en particular, incluso la memoria, ya que en tanto grupo se reconstruye un pasado (“nuestra juventud” para el caso de los grupos conformados por personas de mayor edad).

1.5 LAS CLASES DE EDAD EN NUESTRO MATERIAL EMPÍRICO

Uno de los objetivos de esta indagación alude a la determinación de las clases de edad que surgen “naturalmente” de los grupos y no como construcciones de los investigadores. En función de los resultados obtenidos, se pueden identificar tres procesos distintos que nombramos como problemas de visión: [1] la miopía etaria, [2] la hipermetropía (en ocasiones “selectiva”) y [3] la “visión doble”.

[1] La **miopía** es un “error en el enfoque visual que causa dificultad de ver los objetos distantes”. Aparece claramente en los grupos extremos: para los grupos de menor edad a partir de los 40 todos son viejos. Es decir se distinguen menos clases de edad. Para los grupos de mayor edad sucede lo mismo: pierden capacidad de distinguir clases entre los “jóvenes”. En los grupos de edades intermedias opera en cambio una suerte de aumento de la visión central: multiplicidad de categorías cercanas. Por ejemplo los grupos de edades entre 20-24 y 25 y 30 años distinguen muchas clases de edad en esos tramos etarios “púberes, adolescentes, jóvenes-jóvenes (pendejos, borregos), jóvenes, jóvenes-adultos”. Es decir utilizan categorizaciones (naturales) que permiten una distinción mucho más aguda de las clases de edad de las que son capaces de identificar los grupos de edad de los extremos.

[2] La **hipermetropía** es “cuando los objetos cercanos aparecen borrosos”. El defecto hipermetrope es la no distinción de lo cercano: se visualiza en los grupos de menor edad, cuando no se establecen diferencias entre adolescentes y jóvenes. Es una estrategia de regulación de autoimagen (el “pegoteo” entre clases adyacentes) por parte de quienes prefieren verse como “jóvenes” y no ya como “adolescentes” o “borregos”. Una variante del pegoteo en los tramos mayores es la visión de más categorías intermedias en los

presentarse características diferenciales (para el caso, tener hijos o no, ser docente de secundaria o no, pertenecer a determinado “grupo político” “tribu urbana” etc.) se establece como diferencia también en el discurso, habilitando la posibilidad no sólo de pluralizar el discurso al interior del grupo en el análisis, sino de modificar el diseño en caso de estimarse conveniente en función de esta nueva “propiedad”. En segundo lugar porque los cortes que se establecen para el muestreo teórico van en diversas investigaciones desde una versión más positivista (variables independientes) o desde una versión más comprensivista (categorías analíticas) independientemente que puedan llevar a un grado de operacionalización que emulen variables independientes. Lo importante es entender la lógica del proceso de construcción del muestreo teórico (justamente el proceso de elaboración de las categorías analíticas que resultan relevantes) y sobre todo la justificación que se de en el proyecto de estos cortes para definir los contextos a partir de los cuales se analizarán las variantes discursivas, recurriendo un esquema de comparación constante (Strauss y Corbin, 1994). Es en este sentido, el proceso para la adquisición de tal relevancia supone un trabajo de imbricación empírico-analítico que difiere sustantivamente con la elección de las variables independientes que se encuentran típicamente en las investigaciones por encuesta.

tramos cercanos: el tramo de 24 a 30, en lógica de miopía, vio más definidos los tramos cercanos e inauguró la categoría “adulto joven” entre “jóvenes” y “adultos” en lugar de simplemente “pegotarse” a los jóvenes. De la misma manera, los mayores de 60 distinguieron la categoría “adulto-mayor” entre “adultos y viejos” en lugar de pegotarse a los “adultos”.

[3] Cuando el estrabismo se declara en un adulto o en un niño ya mayor para desarrollar adaptaciones sensoriales, al fijar la visión en un objeto, se da una falta de paralelismo ocular: mientras un ojo dirige correctamente su eje de visión, el otro se dirige en otra dirección. La **diplopia o visión doble** es el síntoma principal. Los jóvenes de 15 a 19 del sector de ingresos bajos presentaron esta visión doble al encuadrar la juventud en dos tramos de edad diferentes entre sí: El primer criterio fue el absolutamente mayoritario en todos los tramos de edad de todos los sectores: se es joven hasta los 28 o 30, a veces edades cercanas como 25 o 35, y con frecuentes referencias a la Tarjeta Joven. Pero un segundo criterio fue considerar que se es joven hasta los 18: para este tramo los 18 años marcan el límite de la inimputabilidad legal, límite que por cierto no fue relevante para los adolescentes de los sectores medios (quienes solamente se remitieron al criterio mayoritario de la Tarjeta Joven). Al analizar el mismo tramo de edad en el sector de ingreso alto, nos llamó la atención en su concepto de juventud que, al igual que sus coetáneos del sector de ingreso bajo, también presentaron la misma “visión doble”: la edad de imputabilidad legal es tan importante para ellos como para sus coetáneos del sector bajo. Esto sugiere una tendencia más amplia y señala un posible cambio generacional –y ya no localizado en torno al ingreso- en la importancia que se le da al tema de la imputabilidad legal en la construcción social de los tramos de edad. A diferencia de la miopía y la hipermetropía etarias, el síntoma de la visión doble no responde a estrategias de regular la autoimagen en relación a la edad, sino a la superposición de dos criterios en competencia.

1.4 NATURALISMO, RELATIVISMO, Y CONSTRUCCIONISMO

La indagación sobre la construcción del sentido de la “juventud” en los grupos de discusión permite trabajar desde la luz de tres categorías (que funcionan como tipos ideales⁸) que resumen las posiciones respecto al tema: el naturalismo, el relativismo y el constructivismo.

[1] El **naturalismo**. En un documento anterior (Filardo y Muñoz, 2003: 235-254) señalamos que la vejez –y lo mismo puede decirse de la juventud- está “naturalizada”. O sea, la juventud es vista como una etapa que se atraviesa inexorablemente con el simple pasaje del tiempo. En el naturalismo, *“la idea de tiempo suele presentarse como erróneamente naturalizada bien como un flujo*

⁸ “Tipos ideales” en el sentido weberiano del término: “[el tipo ideal] se distancia de la realidad, sirviendo para el conocimiento de ésta en la medida en que, mediante la indicación del grado de aproximación de un fenómeno histórico a uno o varios de esos conceptos, quedan tales fenómenos ordenados conceptualmente” (1922:17). O sea que los grupos presentaron combinaciones diversas de las tres posiciones, donde no obstante lo cual una tiende a ser la posición dominante.

objetivo o como estructura universal de la percepción [...] Paradójicamente, esta escala temporal –síntesis de alto nivel y no abstracción- termina por aparecérsenos fetichizada, esto es, poseyendo una fuerza coactiva y de una irreversibilidad que si bien son propiedades de esas historias locales que pone en relación (físicas, biológicas o sociales) ciertamente son ajenas a la escala.” (Cardeillac, 2002:10) Como resultado de esta naturalización es que los procesos que se desarrollan en el cuerpo individual, en la identidad subjetiva y en la sociedad a medida que la persona “envejece” son medidos en relación a su indicador burocrático: la edad. Es así que en nuestra percepción de la edad, tendemos a focalizarnos en el transcurso del tiempo independientemente de los procesos mencionados. Es el tiempo el que deja sus marcas en los cuerpos y nos traslada de una clase de edad a otra. En las discusiones de nuestros grupos de nivel socioeconómico medio aparecieron numerosas referencias naturalistas, como cuando los de 15 a 19 afirman que “los viejos son viejos” o cuando un integrante del grupo de 20 a 24 remarca la inexorabilidad del envejecimiento y enfatiza las marcas que la edad cronológica deja sobre los cuerpos diciendo que la edad “*te va empujando*”.

[2] El **relativismo** es la posición opuesta al naturalismo. Mientras el naturalista ve el pasaje del tiempo como un proceso inexorable que deja sus marcas sobre los cuerpos, el relativista enfatiza la capacidad de estrategias individuales. Desnaturaliza al máximo la edad burocrática, relativizándola al punto de afirmar que “la verdadera edad es la que se siente” o que “lo importante es tener espíritu joven”. Comprensiblemente, los grupos de mayor edad fueron los relativistas por excelencia. Por ejemplo, ante la pregunta “¿desde cuándo y hasta cuando se es joven?”, un integrante del grupo de 50 a 59 de NSI medio nos contestó: “*Vos decís...¿cronológicamente?*” Una línea relevante de lectura será seguir las estrategias –simbólicas o reales- que los participantes presenten durante la discusión a los efectos de negociar una identidad con la que puedan convivir.

[3] Entre las dos posiciones anteriores, el **construccionismo** también desnaturaliza la edad cronológica, pero no para afirmar que la edad no existe, o que cualquiera podría tener “espíritu joven” sino para destacar aquellos procesos concretos que la edad burocrática unifica. Un ejemplo de teoría construccionista de las edades es la de Bourdieu, quien afirma que “*Cada campo tiene sus leyes específicas de envejecimiento: para saber como se definen las generaciones hay que conocer las leyes específicas de funcionamiento del campo, las apuestas de lucha y cuáles son las divisiones que crea esta lucha (...) todo esto es de lo más trivial, pero muestra que la edad es un dato biológico socialmente manipulado y manipulable.*” (Bourdieu, 1990: 165) El proceso que le interesó a Bourdieu -su “ley del envejecimiento”- es la lucha que deviene de conflictos generacionales en torno a la legitimación del capital acumulado en cada campo y por lo tanto está íntimamente vinculada al ejercicio del poder simbólico. El construccionismo también está presente en los discursos de los actores sociales. Diferentes argumentos construccionistas aparecieron en los grupos aludiendo a diferentes procesos sociales.

A modo de ejemplo, en los sectores medios, la afirmación de que se deja de ser joven cuando se forma una familia propia atravesó los grupos de edades, coexistiendo con naturalismos y relativismos varios. En el grupo de 15 a 19 se afirmó que “*después el formar una familia te puede hacer perder un poco, como*

que ya te vas encaminando hacia esa adultez...” En el grupo de 60 y más se dijo que *“Podés tener un buen trabajo y tener una familia. Y entonces pienso que a pesar de que se es joven en edad se entra como a madurar y el ser humano entra en un período de una transición que ya la ebullición digamos de la juventud ya pasó. Me parece, no sé viste?”*

1.8 ESTRATEGIAS SIMBÓLICAS Y ESTRATEGIAS REALES.

Las “estrategias” que mencionamos al hablar del relativismo y del construccionismo pueden ser simbólicas o reales: *“El desarrollo de una identidad etaria es entendido aquí como el resultado de un trabajo cognitivo que permita seleccionar una definición de “vejez” y aplicarla a la negociación de la identidad propia. Por ahora, digamos que mientras las “estrategias reales” tienen que ver con lo que el sujeto “hace” para regular su autoimagen y su identidad, las “estrategias simbólicas” tienen que ver con lo que el sujeto “dice”. Así, aún admitiendo que toda construcción discursiva tiene un aspecto performativo (se “hacen cosas” con palabras) podemos rastrear estrategias “reales” de los actores por ejemplo, actuando sobre la vejez biológica -como la señora que se hace una cirugía estética o se tiñe el cabello-, o sobre la vejez social asumiendo nuevos status-roles -como el hombre que elige una nueva pareja más joven- o simplemente moviéndose a otro campo con una ley de envejecimiento que le sea más favorable -como la ex modelo que se hace actriz o el jugador de fútbol que se hace técnico-. Estrategias “simbólicas” podrían ser el rechazo de los estereotipos imperantes (como el entrevistado que decía que no era “viejo” sino “mayor” [o en nuestro grupo mayor de 60 del sector medio, la propuesta de que existe una “segunda juventud”]), recurso a tecnologías como terapias y hobbies y eventualmente la sustitución de los estereotipos por nuevos montajes identitarios de vejez alternativas con la que los sujetos puedan convivir mejor.”* (Filardo y Muñoz, 2003: 243)

(a) Sector de ingreso medio

El tramo de los mayores de 60 fue altamente relativista y prefirió ignorar las marcas de la edad sobre los cuerpos. Reconoció también algunas determinaciones sociales (los jóvenes son mas libres, el trabajo y la familia traen adultez y se quejan por la moratoria social). En virtud de su relativismo desarrollan la estrategia simbólica de la “segunda juventud” o “juventud exitosa” y en función de su construccionismo desarrollan la estrategia real de no respetar los límites que se les asigna a los de su edad. El tramo de 50 a 59 continúa siendo relativista pero, a diferencia de la cohorte anterior, su discusión presentó también una forma peculiar de naturalismo que construye a la juventud no solamente por la referencia a la edad burocrática, sino también por una forma de ser concomitante: los jóvenes son “naturalmente” conflictivos, creativos, tienen mayor “sensibilidad social”, tienen una mayor apertura emocional, y son despistados. A diferencia de los mayores de 60, todavía no han visto sus roles más importantes y sus potencialidades limitadas por la ley de envejecimiento de cada campo (destaquemos el rito de pasaje de la jubilación) y esto les permitirá manejar en forma diferente sus estrategias: no

necesitaron elaborar estrategias reales y desarrollaron como estrategia simbólica la alegoría de la búsqueda y el encuentro, que les devuelve su centralidad en la sociedad al sostener que los jóvenes necesitan ser guiados por los mayores. El tramo de 40 a 49 fue el primer grupo en el cual predominó el construccionismo; aunque el grupo conservó algunas características del “naturalismo de la juventud” se caracterizó por ser el primer grupo básicamente construccionista. Los principales límites al relativismo fueron la conciencia del cambio de sus roles y status sociales (ej: los jóvenes, por su capacidad de ocio, “invierten” mas tiempo en generar relaciones, el verse joven es un capital social, etc). Aunque se formuló un intento fallido de relativismo histórico, los participantes aceptaron que ya no son jóvenes: la discusión de este grupo no desarrolló entonces estrategias ni reales ni simbólicas. El grupo de 30 a 39 fue el primer grupo claramente naturalista. La referencia naturalista de la cohorte es clara, no existiendo discusión al respecto porque la mera invocación a la edad cronológica fue lo suficientemente convincente para el grupo, incluida la clásica alusión a la “tarjeta joven”. “*No tenés Tarjeta Joven ya no sos*”. Como consecuencia de la disminución del relativismo, los participantes de este tramo no se consideraron jóvenes, mientras los mayores de 60 sí! Sencillamente asumieron que ya no son jóvenes y no desarrollaron estrategias. El tramo de 25 a 29, aunque decidió distinguir entre más tramos de edad como diferentes “juventudes” (su “miopía etaria” les permitió verse como “adultos jóvenes”) optó también por “naturalizar” las consecuencias de la edad burocrática: entendió que la edad nos hace madurar y que los adultos “ya tienen otras cosas en la cabeza”. Pero a diferencia del tramo de 30 a 39, que fue básicamente naturalista, este tramo fue predominantemente construccionista. Los participantes parecieron estar todavía “haciendo sentido” de los nuevos roles que están asumiendo o por asumir y todavía pudieron establecer estrategias para seguir considerándose joven. Como estrategias simbólicas se destacan su miopía etaria (“adulto-joven”) y su afirmación de que se puede asumir responsabilidades y seguir siendo joven. Como estrategias reales, uno de los participantes dijo sentirse más joven por tener una novia de 18 años. El tramo de 20 a 24 se caracterizó por su promiscuidad conceptual, donde los argumentos relativistas, construccionistas y naturalistas convivieron. Los sobreentendidos naturalistas y las referencias a las marcas del tiempo sobre los cuerpos convivieron con numerosas referencias construccionistas a los roles propios de los jóvenes y de los adultos, así como con el argumento relativista del espíritu joven. En referencia a sus estrategias –reales o simbólicas- para regular la autoimagen, este tramo de edad se autoidentificó como “joven” y estuvo satisfecho de tener la capacidad de tomar decisiones, capacidad que no tenía cuando adolescente. En consecuencia, no tiene una interpelación simbólica contra la cual reaccionar y no necesitó articular estrategias de ningún tipo. En el tramo de 15 a 19 años, la diferenciación entre adolescentes y jóvenes desaparece por momentos, razón por la cual construimos el sujeto adolescentes/jóvenes como compuesto por lo indeterminada que fue su diferenciación: esta “hipermetropía” constituyó el fenómeno opuesto a la “miopía etaria” porque en ella se hacen borrosas las categorías cercanas, dado que los menores del grupo quieren estar más cerca de considerarse “jóvenes”. Ante la mezcla de naturalismo y construccionismo de este grupo, prácticamente no hubo lugar para relativismos. Es en virtud de estas consideraciones que el grupo no desarrolló estrategias ni reales ni

simbólicas para la regulación de su autoimagen en términos de edad. Resumiendo, el relativismo se hizo dominante en el borde superior de la escala, en los tramos de mayor edad (mayores de 50 años) y lo mismo pasó con el desarrollo de estrategias, predominantemente simbólicas en este sector de ingreso medio. En cuanto a la distribución de naturalismo y construccionismo, digamos que el naturalismo nunca desaparece y sus supuestos aparecieron en todos los tramos, pero deja lugar a un construccionismo dominante en aquellos períodos de la vida en que las personas tienen que hacer sentido de nuevos roles y status asumidos o por asumir (como la familia y responsabilidades en el tramo de 25 a 29, o la pérdida de capacidad de ocio y relacionamiento y apariencia joven en el tramo de 40 a 49, con la diferencia de que los primeros desarrollaron estrategias para regular su autoimagen y los segundos aceptaron que ya no son jóvenes).

(b) Sector de ingresos bajos

A diferencia de sus coetáneos de los sectores de ingresos medio y alto, el grupo de mayores de 60 fue básicamente naturalista. El argumento del espíritu joven sí estuvo presente (*“espiritualmente uno siempre es joven”*) pero el lamento naturalista se impuso sin necesidad de argumentos. En términos de estrategias, los participantes compartieron la estrategia real de participar en las reuniones del grupo de tercera edad en la policlínica de Casabó (mencionaron su interés en la socialización y los viajes), pero no llegaron a desarrollar ninguna estrategia simbólica para regular su autoimagen, sino que, dentro de su enfoque naturalista, aceptaron pertenecer al “grupo de los viejos”. No apareció ninguna estrategia comparable a la “segunda juventud” o “juventud exitosa” del sector medio, quizás porque este último concepto dependía en bastante grado de los recursos económicos poseídos. Esto permitió formular la hipótesis de que ambos sectores poseen una ley de envejecimiento diferente, determinada por recursos económicos y simbólicos diferenciales.

En el tramo de edad de 50 a 59 también se vieron truncados sus intentos de formulaciones relativistas, tanto a partir del discurso naturalista como a partir del construccionismo. En cuanto a los elementos construccionistas presentes, y también pensando en la hipótesis de una ley de envejecimiento prematuro en comparación con los sectores medios, este grupo estuvo tan conciente de la moratoria social como los mayores de 60 de los sectores medios. Aunque no desarrollaron una narrativa tan nutrida como la de aquellos en referencia a la moratoria social y a su pérdida de libertades, sí tematizaron precisamente en este sentido el rol del trabajo, y esto sugiere como posible línea de futura investigación el explorar comparativamente las leyes de envejecimiento de las ocupaciones con diferentes tramos de ingreso. En referencia a estrategias, los integrantes de este grupo se consideraron viejos y no enunciaron estrategias reales que manipularan sus roles sociales ni estrategias simbólicas que regularan su autoimagen. Más bien se vio una conciencia de su pérdida de centralidad a causa de la moratoria social. Esto también parece reforzar la hipótesis de una ley de envejecimiento prematuro con respecto a los sectores medios. El tramo de 40 a 49 fue el primer tramo de edad que logró ensamblar sus intentos relativistas en una estrategia simbólica. La discusión en este grupo tuvo mucho parecido con la del grupo de 50 a 59 del nivel socioeconómico medio, lo que también parecería apuntar a una ley de envejecimiento más

temprano en el sector bajo. Por ejemplo y al igual que en dicho tramo, los únicos elementos naturalistas presentes fueron elementos que caracterizan en forma “natural” a los jóvenes. Recordemos que en aquel grupo esta conceptualización “naturalista” de la juventud era lo que permitía sus estrategias simbólicas como la “alegoría de la búsqueda y el encuentro”, que establecía que los de su edad tienen el rol social de vigilar y orientar a los jóvenes que están “confundidos”. A diferencia de los tramos anteriores, el lamento naturalista por las marcas en los cuerpos desaparece y los límites al relativismo que sí se plantean son más bien de tipo constructorista (moratoria social, negociación identitaria, relacionamiento diferencial por edades). En particular, aparece como en los de 50 a 59 el tema de la moratoria social, y también referido al trabajo. En términos de estrategias, no hubo referencias a estrategias reales, probablemente porque, a excepción del relacionamiento diferencial con uso de diferentes espacios, los roles sociales de este grupo no han cambiado mucho (aunque se sienten viejos para buscar empleo, todavía conservan el suyo). Pero su relativismo sí logra plasmarse en una estrategia simbólica muy parecida a la “segunda juventud” de los mayores de 60 en el sector medio (otra vez una ley de envejecimiento más temprana): los participantes acordaron ser “jóvenes”, más precisamente, estar viviendo una “juventud con conocimiento.” En relación al tramo de 30 a 39, mientras el mismo tramo de edad en los sectores medios había tenido una fuerte referencia naturalista, en este grupo el naturalismo siguió siendo resistido por el relativismo. Un punto en el que podría decirse que este tramo sí fue naturalista, es en su planteo del conflicto de edades como un odio de lugares hasta cierto punto “natural” y dado por la mera edad y su asociación no problemática con estilos de vida o con tratamientos sociales (como el tuteo) concomitantes a la edad cronológica. Mientras en el sector medio la tensión entre el naturalismo y el relativismo se resolvió a favor del primero, en este nivel socioeconómico el relativismo parece más fuerte. Aunque cuando hablaron de “los jóvenes” lo hicieron en tercera persona, cuando se les preguntó si se consideran jóvenes, se hizo evidente que el argumento del espíritu joven se también transformó en este tramo en una “estrategia del espíritu joven”, logrando regular la autoimagen de los participantes. El relativismo que en el sector medio se instala en el borde superior de la escala aparece entonces mucho antes en el sector de ingresos bajos. Del tramo entre 20 y 25 años de edad resaltó su constructorismo, aunque, probablemente debido a su edad burocrática, el grupo no tuvo problemas en aceptar sin discusión las referencias naturalistas. Pero sin duda, la discusión más representativa de este tramo de edad giró en torno a sus consideraciones constructoristas, que rebelaron la falta de poder y recursos de los jóvenes frente a sus mayores tal como la vive esta cohorte en su entorno social. Así como los tramos de 40 a 49 y de 50 a 59 relataron el peso de la moratoria social en relación a lo difícil que les sería encontrar un nuevo trabajo, estos jóvenes entendieron que conseguir trabajo es más difícil para los jóvenes. Debido a que se consideraron jóvenes por su edad (naturalismo) y por su carencia de poder y recursos (constructorismo), este tramo etario no tuvo necesidad de formular argumentos relativistas. Tampoco planteó estrategias simbólicas ni reales porque, en términos de edad, no necesitaron regular su autoimagen. Al igual que en los sectores de ingreso medio, el tramo de edad de 15 a 19 fue constructorista: éste es el único tramo que (junto con sus coetáneos del sector alto) encuadró la juventud en dos

tramos de edad diferentes entre sí: si los 29 años constituyen un límite burocrático por excelencia para todos, para este tramo los 18 años marcan el límite de la inimputabilidad legal, límite por cierto no relevante para los adolescentes de los sectores medios (pero sí, y esto fue una sorpresa para los del sector de ingreso alto). Aunque el grupo mencionó el construccionismo de la responsabilidad, éste fue muy relativizado por la experiencia de la paternidad –y más a menudo, la maternidad- temprana. Otro construccionismo importante fue la centralidad atribuida al trabajo, que lógicamente será una preocupación mayor para los jóvenes pobres. Las referencias relativistas, no tuvieron relevancia en la discusión ni generaron estrategias simbólicas ni reales.

(c) Sector de ingreso alto

En relación a las referencias naturalistas en el tramo mayor de 60, sí hubo un par de menciones que se integran a la narrativa de las marcas en los cuerpos, pero éstas no tuvieron en absoluto el peso que cobraron en el mismo tramo de edad para el sector de ingreso bajo. Tuvieron expresiones construccionistas similares a las del sector medio (se quejaron por el peso de la moratoria social, percibieron la reacción societal y admitieron el relacionamiento diferencial por edades) y también el peso del relativismo (argumento del espíritu joven y relativismo cultural) fue dominante. En relación a las estrategias simbólicas, el grupo desarrolló la miopía etaria (como forma de regular la autoimagen, divisaron más tramos de edad en los espacios cercanos a la suya, agregando entre “adultos” y “viejos” el tramo de “maduros”) y la estrategia de la juventud acumulada. Desarrollaron también una estrategia real presente en su entorno social; la estrategia de la disciplina física. En relación al tramo de 15 a 19, nos llamó la atención en su concepto de juventud que, al igual que sus coetáneos del sector de ingresos bajos, este grupo también encuadró la juventud en dos tramos de edad diferentes entre sí: la edad de imputabilidad legal es tan importante para ellos como para sus coetáneos del sector bajo, indicando un posible cambio generacional –y no localizado en torno al ingreso- en la importancia que se le da al tema. También en sus diferentes formulaciones construccionistas le dan a la centralidad del trabajo una importancia comparable a la del sector bajo y mucho mayor que los adolescentes del sector medio. Si pensamos en toda la narrativa desarrollada en relación al peso de sus responsabilidades como jóvenes podemos hipotetizar que, mientras en el sector bajo la centralidad del trabajo está dada por la necesidad económica, en este grupo podría deberse a una ética del trabajo más pronunciada que se diferencia de la de los sectores de ingreso medio (donde sus coetáneos están disfrutando sus nuevas libertades y ocios y no preocupándose por las consecuencias de sus decisiones actuales en su futuro laboral). No desarrollaron estrategias simbólicas y dejaron entrever la estrategia de la disciplina física que ya sus mayores habían destacado. Aunque no tenemos datos para explorar con más detalle la hipótesis, este énfasis en la disciplina del cuerpo nos hace pensar que mientras en los sectores medios predominaron las estrategias simbólicas (discursivas), en los sectores de ingreso alto se suman las estrategias reales ya más costosas.

Podemos por tanto, evidenciar una “temporalidad” diferencial en las diferentes posiciones del espacio social. Los discursos de los grupos manifiestan que la

correspondencia que se otorga a la edad cronológica a las diferentes clases de edad varía en función de las posiciones socio-económicas que se ocupen, mostrando que los de menores capitales “agotan” cronológicamente antes en las distintas clases de edad. Para los sectores de menores ingresos, se es adulto a menor edad que en el sector medio y alto, y también se asume la vejez más temprano en términos de edad. Por otra parte, los sectores de menores ingresos “aceptan” con mayor naturalidad estos pasajes (más veloces que en el caso del sector medio y alto) sin un despliegue de estrategias simbólicas o reales para regular o ajustar su autoimagen respecto a las clases de edad.

[2] LA CIUDAD HABITADA, EL ESPACIO PÚBLICO Y ALGUNAS DINÁMICAS DE USO Y APROPIACIÓN: JUVENTUD Y POBREZA

Montevideo vivida

Nos situamos en lo que llamamos “perspectiva del habitante”, por oposición a lo que llamamos perspectiva ‘administrativa’. Esta última promueve la gestión del espacio partiendo de una lógica diagramadora y de principios congruentes con la construcción del Estado, de la economía política y de las ciencias sociales modernas, que buscan administrar, gestionar la multiplicidad en beneficio del “interés público. En la primera, del habitante, el “lugar”, que los griegos llamaban topos, carente de dimensiones fijas y articulado al sentido humano, logra imponerse. La matriz de esta distinción puede rastrearse en las palabras, etimológicamente: de los romanos heredamos dos formas de referirnos a la ciudad: ‘civitas’, usada de para designar la vida de los ciudadanos, y ‘urbe’ (que también significaba “muralla”)⁹ para referir al conjunto físico urbano. Proponemos una prevalencia creciente en la comprensión de la ciudad, casi una colonización semántica, del arquetipo de “urbe”, respecto al de “civitas”. Pero más allá de este acercamiento intuitivo, es necesario encontrar el clivaje que nos permite distinguir con claridad entre enfoques fundados en una u otra perspectiva, que habilite distinguir entre dos lógicas sociales

2.1 LA CIUDAD ADMINISTRADA: LA PERSPECTIVA DE LA POBLACIÓN

Es frecuente que situados ante la percepción de que la vida en la ciudad discurre por carriles distintos a como la conciben los urbanistas y los planificadores, los teóricos de la ciudad recurran al filósofo francés M. Foucault. Es que una época central en su trabajo sobre los sistemas de pensamiento que articulan saber y poder se dedicó a la denuncia de los dispositivos disciplinarios, donde la diagramación de posiciones y movimientos permite un ejercicio de “adoctrinamiento” y control social. La metáfora del panóptico como forma de control y poder, desatada para el estudio de cárceles, manicomios, escuelas... recintos cerrados y con un ejercicio de autoridad muy definido, resulta claramente apta para extrapolarse a las ciudades y lejos de haber

⁹ Richard Sennet señala que en el siglo VI, al hacer una exposición sobre el origen de las palabras, San Isidoro de Sevilla escribía en sus Etimologías lo siguiente: Civitas es una muchedumbre de personas unidas por vínculos de sociedad, y recibe ese nombre por sus ciudadanos (cives), es decir, por los habitantes mismos de la urbe [porque concentra y encierra la vida de mucha gente]. Con el nombre de urbe (urbs) se designa la fábrica material de la ciudad, en tanto que civitas hace referencia, no a sus piedras, sino a sus habitantes (Etymologiarum XV, 2, B.A.C. 1994).

prescrito, se encuentra presente en nuestro entorno, por ejemplo en uno de los ejemplos más abordados por Foucault: la cuadrícula urbana. Pero como puede verse con claridad al leer los valiosos trabajos existentes sobre las desigualdades en Montevideo, entenderlos como “disciplinarios” parece más que otra cosa una caricatura. El propio Foucault, en su curso en el College de Francia de 1978, con el objetivo explícito de rectificar su hipótesis anterior de una sociedad disciplinaria generalizada, da con la clave que aquí servirá para distinguir entre perspectiva administrativa y del habitante: el surgimiento no sólo de la noción, sino de la realidad de la población. “En el fondo, se trata de una idea y una realidad absolutamente modernas con respecto al funcionamiento político sin duda, pero también con respecto al saber y la teoría política anteriores al siglo XVIII”. Propone en concreto la existencia de dos niveles de fenómenos; el primero, pertinente para la acción económico-política del gobierno, el de la población y otro nivel, el de la serie, la multiplicidad de individuos, que no será pertinente o sólo lo será en cuanto manejado como es debido, mantenido como es debido, alentado como corresponde, permita lo que se procura en el nivel que sí es pertinente. Esta cesura dentro de lo que constituía la totalidad de los súbditos o los habitantes de un reino no es una cesura real. No habrá unos y otros. Pero dentro del propio saber-poder, dentro de la propia tecnología y gestión económica, tendremos ese corte entre el nivel pertinente de la población y el nivel no pertinente, o bien el nivel simplemente instrumental. El objetivo final de la política será la población, que aparece tanto en cuanto objeto, es decir, el blanco al cual apuntan los mecanismos para obtener de ella determinado efecto, como en cuanto sujeto, pues se le pide que se conduzca de tal o cual manera.

La población aparece así como meta última del gobierno, mediante instrumentos inmanentes al campo de la población misma, sobre la que actuará de manera directa a través de campañas o de manera indirecta mediante técnicas. “La constitución de un saber de gobierno, administrativo, es por completo indisoluble de este sujeto, la población en sentido lato y los procesos que giran en torno a ella; para aprehender esa red continua y múltiple de relaciones entre la población y el territorio, se constituirá una ciencia que se denomina economía política”. Los dispositivos administrativos buscan detectar los coeficientes probables, normales en la población, y desde ellos se llega a un análisis más fino que permita discriminar las distintas normalidades; va a haber una distribución “normal” en cada edad, cada región, cada ciudad, cada tramo etario, cada profesión. La técnica buscará reducir las normalidades más desfavorables, más desviadas respecto a la distribución normal general. Así, la administración trabajará sobre un dato, sobre casos, sobre riesgos diferenciales, sobre fenómenos de escalada, de aceleración, de multiplicación, que hacen que en un momento y lugar dados se amenace la multiplicación de los casos, en una pendiente que corre el riesgo de no detenerse a menos que mediante un mecanismo artificial, resulte posible frenar el fenómeno y hacerlo con eficacia. Tenemos por ende un sistema que es el inverso de las disciplinas: en éstas se partía de una norma y a continuación era posible distinguir lo normal de lo anormal en relación a ella. Ahora, al contrario habrá un señalamiento de lo normal y lo anormal, de diferentes curvas de normalidad, y la operación de normalización consistirá en hacer interactuar estas diferentes atribuciones de normalidad y procurar que las más desfavorables se asimilen a

las más favorables; la norma es un juego dentro de las normalidades diferenciales. La administración va a trabajar *en* la realidad, para lo cual intentará en virtud y a través de una serie de análisis y disposiciones específicas, hacer que sus elementos actúen unos con respecto a otros. Lo que se intenta poner en juego no es primordialmente una relación de obediencia entre una voluntad superior y las sometidas a ella; se trata de poner de relieve cierto nivel en el que la acción de quines gobiernan es necesaria y suficiente. Ese nivel de pertinencia para la población con sus fenómenos y sus procesos propios. En síntesis, toda una manera de poner en juego la relación colectivo/individuo, totalidad del cuerpo social/fragmentación elemental, una manera que va a actuar en lo que llamamos población, un personaje político absolutamente nuevo, dependiente de una serie de variables que le impiden ser transparente a la voluntad del soberano, en una suerte de espesor respecto al voluntarismo legalista. La población adquiere las características de un fenómeno de la naturaleza, y sólo será accesible a agentes y técnicas de transformación siempre que esos agentes sean a la vez ilustrados, meditados, analíticos, calculados y calculadores.

2.2 LA CIUDAD HABITADA. LA PERSPECTIVA DEL HABITANTE

La perspectiva del habitante implica una mirada netamente distinta. Parte de la premisa de que las personas, nosotros, vivimos en la ciudad. La vemos, la conocemos, la habitamos y ella a su vez nos habita, en un proceso continuo e inacabado. La ciudad, entonces, en tanto "lugar de lo social", debe ser comprendida también como un espacio vinculado con procesos más amplios y más pequeños que la población; lo que ocurre efectivamente en ellas es el resultado de una multitud de decisiones más o menos estructuradas, negociaciones llevadas a cabo de manera formal e informal por diferentes actores y fuerzas contrapuestas, organizados con mayor o menor éxito en un set up institucional. A través de los medios de comunicación, la ciudad adquiere forma ordenada y orientadora que sería inabarcable por una sola experiencia. Pero la multiplicidad de experiencias presentes es lo que define el carácter ecléctico de las grandes urbes, "escritas" a través de la confluencia de innumerables relaciones sociales impredecibles en su complejidad y unicidad, pero ineludiblemente configuradas, estructuradas.

La percepción y el uso de la ciudad varían considerablemente en función de la posición de las personas: según seamos jóvenes o viejos, pobres o ricos, hombres o mujeres, según donde vivamos, pensamos la ciudad en forma distinta y nos orientamos en esos pensamientos. Aquí se sostiene que es propio de la ciudad, una característica central de lo urbano, el hecho de que las personas tengan mapas diferentes, nunca completos, con zonas más nítidas y otras más difusas. En el caso de Montevideo, la distribución de aspectos difusos muestra una importante diferencia por nivel socioeconómico y edad que retroalimenta dinámicas de exclusión y fragmentación social. Es necesario entonces generar un conocimiento básico de la ciudad, derribar varios mitos que entorpecen el cohabitar.

Posiblemente sea George Simmel quien, en 1903, coloca la piedra fundamental en el acercamiento a la vida en las ciudades. Su trabajo "La metrópolis y la vida

mental”, un corto artículo publicado en ese año, sigue siendo una de las exposiciones más claras de la perspectiva del habitante en los estudios urbanos. “Cualquier investigación acerca del significado interno de la vida moderna y sus productos o, dicho sea en otras palabras, acerca del alma de la cultura, debe buscar resolver la ecuación que las estructuras como las ciudades proponen entre los contenidos individuales y supraindividuales de la vida. Tal investigación debe responder a la pregunta de cómo la personalidad se acomoda y se ajusta a las exigencias de la vida social”. Esta es la apuesta de “La metrópolis y la vida mental”, y en cierta forma de la de la perspectiva del habitante en general. Como vemos, la ciudad se observa desde un punto distinto al comentado hasta ahora: el foco ya no es las poblaciones o las subpoblaciones, ni la ciudad como un todo; se atiende más bien a cómo las personas viven la ciudad. Así, no sorprende el comienzo del artículo: “Los problemas más profundos de la vida moderna se derivan de la demanda que antepone el individuo, con el fin de preservar la autonomía e individualidad de su existencia, frente a las avasalladoras fuerzas sociales que comprenden tanto la herencia histórica, la cultura externa, como la técnica de la vida”.

(a) Las relaciones en la ciudad

La ciudad aparece al ciudadano por una parte en términos de territorios culturales; regiones que engloban mundos sociales distintos, distintas formas de habitar un mismo lugar, lo cual implica conflictos en la medida en que los lugares, aunque existe una ideología emanada del punto de vista de los espacios dominantes, no son de *una* manera. Esto es; los usos y apropiaciones del espacio urbano aparecen, desde la perspectiva del habitante, como el momento relacional de coexistencia en la ciudad. Varios trabajos desde la sociología urbana y otras sociologías “específicas” se enmarcan en esta perspectiva. De hecho, en la “Escuela de Chicago”, que las historizaciones de los estudios sobre la ciudad suelen considerar el origen de la sociología urbana, se encuentran un buen número de excelentes acercamientos a la ciudad desde la perspectiva del habitante. Así, las famosas “Monografías”, realizadas por los investigadores de esa universidad en las primeras décadas del siglo XX representan excelentes acercamientos a los distintos usos y apropiaciones urbanos, y a su carácter relacional. Pueden mencionarse en este sentido las descripciones de los “hobos”; de los “taxi dance halls”, de las “1313 bandas”, de los distintos códigos sociales existentes en zonas variadas de la ciudad (“The golden coast and the slum”)

Sin embargo, una crítica usual a la Escuela de Chicago es su carácter “organicista”, “administrativo”. El contraste entre esta acusación y las aproximaciones recién mencionadas es sólo aparente: el argumento que hilvana los dos extremos son las nociones de “regiones morales” y “áreas naturales”; se supone en estas últimas “una determinada estructura social y un orden moral específico”¹⁰. Como se señaló en el apartado anterior, en esta

¹⁰ Entramos así en el terreno de la población, en una de las estrategias más usuales para hacerlo: considerando las posiciones sociales como “áreas naturales”, con sus propias dinámicas normales, diferentes o parecidas a las de las otras áreas naturales, más o menos desviadas respecto a esta norma y en consecuencia, más o menos riesgosas. Trabajar con “barrios”, “CCZs”, “secciones censales”, “personas de entre 15 y 18 años”, implica generar

investigación se evita ese desplazamiento que parte de suponer una homogeneidad y una distribución propia de cada población así delimitada, “desnaturalizando” esas áreas y partiendo de la construcción diferencial de esas relaciones que realizan las diferentes personas.

(b) Las representaciones en la ciudad

Por otra parte, y simultáneamente, cada espacio físico es al mismo tiempo una presencia extraña y permanente en la vida cotidiana de la gente, un discurso - como dice Roland Barthes-, que interpela a cada sujeto que la habita (habitándolo), una experiencia (en un sentido vivido y/o imaginado) a la que a su vez éstos interpelan y en la que plasman su propia identidad. En este sentido, apuntando a ese “más allá” de las relaciones, que las inviste de significado y nos permite interpretarlas, otro de los antecedentes más relevantes en la sociología urbana desde la perspectiva del habitante es el sociólogo francés Henry Lefebvre. Su énfasis en los acontecimientos urbanos, el acercamiento a una ciudad donde “siempre están sucediendo cosas”, fue retomado por los “situacionistas”, con Guy Debord a la cabeza, y su propuesta de una “sociedad del espectáculo”, una de las críticas más severas de la mediación cultural. Para ellos, la imagen de la sociedad urbana es una síntesis de la lucha de intereses, de la capacidad de imposición de unos sectores sobre otros, del papel determinante que el control tecnológico de las ilusiones – medios y cultura- tiene en el proceso de dominación al servicio de la racionalidad de la economía. Para definir el espectáculo, Debord sostenía que “el espectáculo no es una colección de imágenes; más bien es una relación social entre personas mediada por imágenes, donde se concreta la manufactura de la alienación”. En este trabajo se sostiene que la ciudad, desde la perspectiva del habitante, aparece como un conjunto de relaciones situadas, cargadas de un conjunto de imágenes, de representaciones, propias de la posición de la persona en esas relaciones.

2.3 EL ESPACIO PÚBLICO URBANO

La distinción recién planteada entre la perspectiva del habitante y la administrativa puede aplicarse plenamente a uno de los conceptos fundamentales de esta investigación: el espacio público. Desde la perspectiva administrativa el espacio público se define en torno a categorías normativas, como el grado de accesibilidad, las instancias encargadas de su gestión, o su estructura física. En un sentido similar, por ejemplo, la arquitecta Silvia

desde “áreas naturales” “regiones morales”, y entrar en consecuencia en la lógica administrativa, basada en las poblaciones y subpoblaciones, y la relación entre éstas. Un comentario análogo, relativo al desplazamiento desde la lógica del habitante a la administrativa podría realizarse al marco paradigmático que, junto al organicista, fueron hegemónicos el siglo pasado: el estructuralista. Más lejano a priori a las personas, tiene en cambio un mayor énfasis en las relaciones entre posiciones, como sucede en la perspectiva del habitante. Sin embargo en muchas ocasiones, al coagular los agregados y utilizar definiciones arbitrarias en torno a las que se distribuye la población también en forma normal, cosifican esas relaciones como “poblaciones”. Por ejemplo, si hablamos de relaciones entre jóvenes y adultos, pero acotamos a una franja concreta y aunque fundada, arbitraria (hasta los 29 años), o entre hombres y mujeres (y generamos así estereotipos), se opaca el carácter socialmente construido de estas relaciones y la diversidad.

Portiánsky define el espacio público como el “remanente-sobrante que deja de lado el crecimiento de las estructuras urbanas (su contraforma)”. O el arquitecto R. López de Lucio (que también reseña otras definiciones, considera los espacios públicos como un dispositivo (camino, calles, carreteras...) fundamental para acceder a las distintas propiedades privadas de la ciudad, cuya utilidad se limita a la función de proporcionar una accesibilidad satisfactoria a los distintos usos privados del suelo. Son apreciaciones todas ellas relevantes, que al principio de la investigación nos ocuparon en gran medida; buscamos una tipología de espacios públicos...para rápidamente constatar en los grupos de discusión que los habitantes de la ciudad tienen una acepción del espacio público más laxa, relativamente independiente de las categorías normativas y que lo asocia más bien a un espacio de encuentros y desencuentros con un otro cercano o extraño y de construcción y expresión de identidades culturales. Es efectivamente otra cosa. Las personas consideran público un lugar en la medida en que es posible el encuentro y la interacción efímera, casual o inesperada con otros desconocidos; personas con los que no existen vínculos estables, que no pertenecen a los restringidos círculos de intimidad (la familia, los grupos de pares). Para R. Sennet también el espacio público considera la naturaleza del vínculo social como principio fundamental. Aquí lo que importa ya no es la propiedad (estatal o particular) o ciertas características físicas del espacio (abierto o cerrado), sino la naturaleza de las relaciones entre individuos que en él se entablan. Así definido, el espacio público sería cualquier lugar físico de una ciudad cuya función de uso dominante es el encuentro y la expresión de convenciones sociales más o menos alejadas de los modos de expresión de la vida íntima.

Pero el espacio público no es sólo comprensible por un conjunto de relaciones: éstas están además “pre-caracterizadas”; no se interactúa en el espacio público solamente con “otros”, sino con “otros significados”. Como señala Ferry, “el espacio público es el medio en el cual la humanidad se entrega a sí misma como espectáculo”. El espacio público está situado en un marco mediático gracias al cual el dispositivo institucional y tecnológico propio de las sociedades posindustriales es capaz de presentar a un “público” los múltiples aspectos de la vida social. Simultáneamente a estas dos maneras de entender desde la perspectiva del habitante el espacio público en la ciudad, es necesario agregar que la noción de espacio público remite casi ineluctablemente a un vector político. Ya en la acepción clásica del espacio público, fundada en la filosofía aristotélica, se articulan indisolublemente la política con la esfera pública. Autores con puntos de vista diversos, como Habermas, Arendt, Bobbio, Honneth o Frazer, lo han abordado así en términos de poder, derecho, democracia, reconocimiento, y/o construcción de ciudadanía. En esta línea de producción académica el espacio público adquiere diversos énfasis: del bien común, de interés de todos, de libre acceso, del Estado, de construcción de ciudadanía, entre otros. Esta asociación, que ya desde la “polis” griega invita a observar cómo se imbrican la acción política y la convivencia, es en ocasiones (Joseph, Hannertz, incluso en la Escuela de Chicago) soslayada en los enfoques desde la perspectiva del habitante.

Y es necesario sostener esta línea de pensamiento en un análisis que considere los usos de los espacios públicos, por tres motivos principales: en

primer lugar, porque los movimientos, avances y retrocesos en las coexistencias, negociaciones, y conflictos que surgen del uso (y el no uso) y expresiones de distintos habitantes o grupos de los espacios urbanos, pueden comprenderse, en términos metafóricos como expresión del lazo social en general: una lógica de crisis de lo público, fragmentación social, expresiones de desigualdad y violencia simbólica, de grupos fuertes y débiles en el discurso y en el uso o apropiación, de lógicas parciales de “privatizaciones” de distinto tipo, tal como las vimos en los grupos. En suma, aplicamos una lectura que busca mostrar las analogías en los movimientos corporal/expresivos y físicos en el uso y no uso de los espacios urbanos, y dialógicos o de ausencia de diálogo en el ámbito público.

En segundo lugar, traer estos enfoques de análisis del “espacio público” nos permite analizar las desigualdades y relaciones de dominación manifiestas también en las estrategias de uso y de resolución de conflictos en Montevideo, y especialmente en su relación con el Estado y la esfera administrativa en su intervención desde la ciudad planeada. En estas estrategias de negociaciones y conflictos se expresan también grupos fuertes y débiles. Algunos con mayor capacidad de decisión y persuasión (*ejemplo de la plaza Gomensoro*) sobre las cuales subyacen las desigualdades sociales estructurales (de clase, de clase de edad, de género). En otros casos, se expresan estrategias “alternativas” en habitantes o grupos con menos capacidad de expresión ciudadana si se quiere, que pueden llegar a implicar la aplicación de la justicia por mano propia o bien métodos alternativos a los procedimientos democráticos actuales. (*Ejemplo del portón de San Cono*). En todo caso, analizamos cómo existen ciertos ejes de análisis como de clase social, clase de edad y género, que diseñan una estructura de desigualdad que están inscritas en los cuerpos, expresada tanto en los usos de los espacios urbanos como en las estrategias de convivencia, negociación y resolución de conflictos en estos espacios (entre ellos el recurso de la intervención del Estado), que nos muestran los límites de un espacio público, urbano y político, teóricamente de todos y de libre acceso.

Por último, en tercer lugar, el análisis del uso de los espacios urbanos a la luz de estas conceptualizaciones se fundamenta en nuestro deseo de identificar superficies posibles de recomposición de ese “ámbito público” social como en los arreglos varios de la ciudad vivida y/o como focos de intervención desde la ciudad planeada. La estrategia concreta mediante la que se “politiza” el análisis del Montevideo habitado en esta investigación parte de la premisa, como señala M. Delgado, de que “el espacio público es vivido como espaciamiento, esto es como espacio social regido por la distancia”, y se atiende en específico a las distancias económicas y de edad, prestando atención a su articulación con otras posiciones, como las de género o el lugar de residencia. En el análisis en base a estas relaciones de los usos/no usos y apropiaciones de los espacios públicos a través de declaraciones (a qué lugares van y a cuáles no van), en la racionalización de los motivos (las argumentaciones, las razones atribuidas), y en el análisis de las estrategias pueden precisamente verse los procesos democráticos, y analizarse análogamente a los procesos de generación de consensos, imposiciones y conflictos inherentes al espacio público político. Puede verse gráficamente la desigualdad, la violencia simbólica, las negociaciones y conflictos en el establecimiento de una “esfera

pública” y en los procesos que precisamente definen lo público y lo privado en el espacio urbano, a través de estas relaciones agonísticas y de sus consecuencias al nivel de las representaciones.

En la perspectiva del habitante, a diferencia de en la administrativa, la pregunta por la democracia se ordena mucho más que en torno al sistema político partidario, en la vida cotidiana. Es más: aparecen con renovada frescura preguntas netamente políticas y casi vedadas desde la perspectiva administrativa. ¿Qué es la democracia? ¿Qué es un espacio de todos? ¿Quién dice y quién es ese todos?, ¿cuán inclusivo es ese todos? Es así como en los discursos, el espacio público es el espacio de todos pero de todos “nosotros” y no de “ellos”, o sencillamente “no es un espacio mío”, “es de otros”. O bien “era” mío y “ahora no lo es”.

2.3 USOS Y APROPIACIONES DEL ESPACIO PÚBLICO

En todos los grupos de discusión aparece la percepción –en ocasiones discutida- de que las personas en función de su posición viven y representan la ciudad con mapas diferentes, que se expresan en circuitos de uso diferenciales. Como señala G. Canclini, la ciudad así concebida destaca la emergencia de micro-espacios caracterizados por la fusión entre lo público y lo privado: espacios apropiados por determinados grupos, que los marcan y los transforman en su espacio propio, pero que al mismo tiempo son de acceso irrestricto. Desde la perspectiva del habitante emerge entonces la identificación de espacios en Montevideo de interacción (o no-interacción) entre los diferentes “otros” y “nosotros” que se van articulando en el discurso (como se verá, los sujetos que se consideran relevantes varían en función de la propia posición), y distintos “arreglos”, “negociaciones”, en la administración del espacio público.

1] Los espacios segmentados: le llamamos así a los espacios que son vistos como usados exclusiva o principalmente por una sola posición: “lugares de viejos” o “de jóvenes” o “de pobres”. Todos los grupos visualizaron la tendencia al uso segmentado de los espacios y nos hablaron por ejemplo en algunos casos de lugares de “teens” (las matinés, la Rambla y br. España), de lugares de jóvenes (la ciudad vieja), de circuitos de adultos (los del trabajo, el Centro) o de lugares de viejos (el parque, la feria), de ricos (“todo lo que es medio caro”) o de pobres (“la periferia”, los “asentamientos”).

2] Los espacios de segregación de la interacción: varias posiciones comparten un mismo espacio, pero desarrollan estrategias como acudir sólo a cierta hora, hacer lo suyo sin interactuar con otros grupos, etc. Por ejemplo, las personas más jóvenes tuvieron una notoria conciencia del conflicto subyacente en estas situaciones, expresada con la metáfora “te juego por la cancha” o con la pregunta “y esto ¿de quién va a ser de un tiempo a esta parte?”. O las personas de mayor nivel económico, que proponen una “invasión” de las más pobres, por ejemplo en la “Noche de las luces”, cuando ellos deben encerrarse.

3] Los espacios compartidos y los conflictos que puedan surgir en ellos. En este tema, la percepción diferencial del conflicto como inversamente proporcional a la edad fue una constante. Los grupos más jóvenes dedican casi

toda su argumentación al conflicto con los viejos, los grupos intermedios también encuentran problemas con los jóvenes, y en los más mayores disminuye la percepción de conflicto. En las clases bajas, los jóvenes son en general señalados como fuente de conflictos; los propios jóvenes, como se mostrará más adelante, desarrollan también esta dinámica (delimitando culturalmente).

Por otra parte, en este mismo sentido, los lugares en donde se sitúan ya sea la segmentación, las dinámicas de segregación o donde se visualizan los conflictos muestran claramente una estructuración diferencial en función de la posición. En el sector de ingreso medio, el tramo de edad entre 15 y 19 percibió la segmentación de espacios (*“los jóvenes buscan el ruido”, “el comité es un lugar de viejos”*). Como mecanismos de segregación para reducir la interacción y el conflicto entre los diferentes tramos de edades percibieron la segregación horaria (*“los niños no tienen noche”*) y la subdivisión de espacios (en el caso de la Rambla, los mayores transitando la acera y en el muro y los jóvenes en la playa). El grupo fue particularmente conciente del trasfondo conflictivo de estas estrategias, tal como apareció en la metáfora “jugar por la cancha”: la dimensión de conflicto fue vista como presente aún en estas “convivencias” pacíficas. Los espacios donde se visualizó la convivencia de varios grupos de edad fueron la calle (refiriéndose a la calle del barrio, donde la interacción es mantenida), la playa, el ómnibus, el estadio y las plazas de barrio (*“las plazas que se encuentran en el medio y las casitas tipo las casitas cuando sale la vieja a barre”*). Estos fueron los lugares de conflicto con los viejos: *“siempre estuvo la misma vieja”*. El conflicto con los viejos es expresión de la oposición entre la “actitud joven” y la “actitud de viejo”. A medida que avanzan en su juventud, los participantes vieron que disminuye su predisposición a ser atacados por los viejos: *“ya te van respetando más cuando sos mas grande, no?”*

Con respecto al tramo de 20 a 24, la segmentación más tematizada fue la de los adolescentes, teens o borregos que se separan de ellos mismos: *“Avenida Brasil y la Rambla es un lugar teen”*. También hubo referencias a la segregación, tanto horaria (en la ciudad vieja, en las plazas) como espacial (zonas en la rambla). En cuanto las oportunidades de conflicto, todos los relatos fueron retrospectivos. Los lugares citados como conflictivos entre edades fueron lugares “públicos” como en el grupo anterior, no mencionaron el ómnibus, pero agregaron el tránsito: *“al que maneja le molesta que haya bicicletas”*. El tipo de conflicto es similar al tramo anterior (aunque menos enfatizado): los “veteranos” tienen “fobia a los jóvenes”.

Para el tramo de 25 a 29, en referencia a la segmentación, sus salidas actuales utilizan más espacios cerrados y privados (casas de amigos y familia) e implican un plan previo: esto afecta su autoimagen porque los diferencia de los “más jóvenes”. Se sintieron desplazados por la “invasión” de los más jóvenes, por ejemplo en la Ciudad Vieja. Mencionaron lugares propios de los adolescentes, como las matinés y la esquina, de adultos (*“todo lo caro vas después de los cuarenta”*) y que los viejos se juntan entre ellos. Refirieron a la segregación temporal, señalando que sus horarios hacen que no se crucen con los viejos. Aquellos espacios que sí son señalados como compartidos son más bien espacios de no interacción entre los grupos de edad: la playa, el

Parque Rodó, lugares donde los participantes dicen que “ven” a los jóvenes pero no interactúan con ellos. A diferencia de los tramos anteriores, esta cohorte enfoca sus conflictos hacia arriba pero también hacia abajo: la interacción llega a ser molesta en el caso de los viejos “copando” la feria y el ruido de los jóvenes en el tablado. Al “bajar” en el espacio social sus supuestos del espacio ordenado se abandonan: mientras los niños usan las plazas de día, los niños “que están en la calle” duermen en ellas.

El tramo de 30 a 39, en relación a la segmentación no asoció con facilidad espacios a grupos etarios más que en referencia a los niños actuales: a diferencia de su propia infancia, hoy los “chiquilines” están “encerrados”. La inseguridad fue la causa del abandono de los espacios abiertos. El criterio etario no fue sostenido por el grupo como configurador de la interacción, ni en el nivel de los espacios segmentados ni en el de las estrategias de segregación de la interacción, sino que el nivel socioeconómico (incluso la “clase social”) aparece como el gran “segmentador” y “segregador” urbano: *“Esa gente fluctúa por lugares bien diferentes a los que circulamos nosotros”* y *“, en la ciudad vieja los niños están pidiendo, la gente de otro círculo social está cenando”*. Este fue el primer tramo de edad que no mencionó conflictos con sus mayores. Señalaron sí un invasión de los espacios de ocio por parte de “los pendejos”, pero esta “invasión” se resuelve en segmentación o segregación y no llega al conflicto abierto.

Lo más llamativo del tramo de 50 a 59 es que no describió conflictos en la segmentación del espacio (*“como que uno se autoexcluye, ve tanta juventud...”*) ni en la segregación, ni en los lugares de ocupación común.

Los mayores de 60 vieron la segmentación a través de la reducción del circuito que recorren los de su edad: *“las personas de edad no se movilizan tanto como debieran [...] es gente que tememos movilizarnos no?”* Percibieron también la segregación (*“no esperar como los jóvenes esperan hasta las 12, 12 y media para salir”*) y en ambos casos lo más importante no fue la edad sino el fantasma de la inseguridad. Aunque se refirieron al conflicto y la violencia, este conflicto no refiere a las edades sino que fue debido al proceso de “pérdida del respeto”: *“No respetan a nadie. No es que no te respeto porque sos viejo o porque sos joven...no se respetan”*. Perciben un deterioro -que lamentan- del espacio público en el sentido de esfera pública (junto con el Parque Rodó, playas y Centro, mencionan lugares que cobran entrada o consumición como el fútbol, los tablados o el Mercado del Puerto), y el problema no son propiamente los jóvenes, sino en todo caso los jóvenes pobres, y las interacciones vistas como conflictivas son aquellas que implican mezcla de clases sociales: *“...viene toda la locomoción de los barrios...-Desembocan ahí.” “De Minas a Arenal Grande decís tu? - ...hay todo tipo de gente. Y aparte ahí te roban los chicos que andan muchos chiquilines al descuido...” “En mi barrio ahora me pusieron el asentamiento ese del Cuarenta Semanas cerca de mi casa. Pasan a toda hora...y mirando a ver si te pueden sacar algo.”*

Resumiendo, en la visión del sector de ingreso medio, los tramos más jóvenes responsabilizaron a los “viejos” y “veteranos” por el conflicto de edades. Esta percepción del conflicto de edades disminuyó con la edad, mientras que la

percepción del conflicto de clase aumentó gradualmente. El sector medio mostró un lamento, creciente con la edad, por la pérdida de los espacios abiertos y públicos (y para el caso, de la esfera pública) en relación a la inseguridad.

Hablemos ahora del sector de ingreso bajo. En referencia a la segmentación de espacios, el tramo de 15 a 19 años distinguió los circuitos de adultos y de jóvenes, pero no por las salidas de los jóvenes como en el sector medio sino porque los adultos *“viven encerrados”* y el lugar propio de los jóvenes es la esquina. Aunque hubo referencias a bailes del centro como el Interbailable, los jóvenes están confinados a la esquina por motivos económicos y, aunque *“hay esquinas y esquinas”*, sufren el estigma por el consumo de drogas en ellas. En relación a la segregación, la noche de las plazas es el momento cuando *“otros”* no etarios generan inseguridad: *“si vas de noche, vas a buscar bardo”*. De la misma manera, aunque hubo un par de menciones retrospectivas de conflictos con vecinos por jugar al fútbol en la calle o la plaza, el conflicto por excelencia no fue etario sino que los responsables de éste fueron los rastrillos, los del cante, los planchas y los metaleros que se apropian del espacio público (de las plazas). La percepción del conflicto de clase, que en el sector medio sólo se hacía fuerte en el extremo más alto de la escala de edades, ya está presente en esta cohorte.

El tramo de 20 a 24 continuó señalando la esquina como el lugar de los jóvenes y esta apropiación genera conflictos: *“De repente te piden una moneda y vos decís que no y te relajan.”* Pero en general, ni en la segmentación ni en los conflictos mencionados (no hubo menciones de segregación de la interacción) la edad fue un factor determinante. Destacaron sí el deterioro general del espacio público debido al aumento de la violencia: *“...cuando yo era menor era más divertido y ahora no podés hacer nada, ahora vas a tener un baile y en todos lados te pegan un tiro”*

El tramo de 30 a 39 hizo varias referencias a la utilización segmentada de espacios que apuntan al mencionado deterioro del espacio público: los niños ya no juegan en la calle (*“qué los vas a dejar”*) y los abuelos *“por el tema de la inseguridad no salen”* ni abren las puertas cuando golpean jóvenes. Continúan señalando la esquina como el espacio apropiado por los jóvenes: *“El Robert, nomás llega tomará algo y dice me voy con los gurises, me voy con los gurises e ir ahí a la esquina donde están todos ellos, y van todos los celulares, y cuando tengan ganas tomarán vino, cuando no fumarán un porro, no sé, y eso es lo único que hacen.”* No hicieron referencias a la segregación de la interacción. Los espacios mencionados como de conflicto fueron el fútbol, el tablado, las Llamadas y el barrio, pero sólo en este último espacio el conflicto es propiamente conflicto de edades: *“Los niños juegan a la pelota y molestan a los viejos y los viejos ponen tango o murga y molestaban a los gurises, y si ellos ponen rock o la villera les molesta a los otros.”* El Parque Rodó y la Ciudad Vieja (ambos fuera del contexto barrial) fueron citados como espacios de convivencia de clases de edad donde no se da el conflicto de edades, sino que *“hay adolescentes que les sustraen cosas [a todos]”*. Entonces, el deterioro del espacio público es altamente tematizado.

El tramo de 40 a 49 señaló espacios segmentados, por ejemplo la Ciudad Vieja como lugar de jóvenes. Pero simultáneamente señalaron la dificultad que tienen los jóvenes de su entorno para trasladarse por problemas económicos y su consecuente confinamiento a la esquina como su espacio barrial. No discutieron segregaciones de la interacción. Mencionaron lugares que, como el tablado, las Llamadas, el Prado o el fútbol, consideraron integradores de todas las edades...pero a ninguno de ellos concurren por miedo a la violencia y a los robos.

El tramo de 50 a 59 sigue viendo a la esquina como el lugar propio de los jóvenes: *“está la esquina...el lugar este, en todos los lugares...y en el espacio verde también se juntan gurises que...este...digo...si bien capaz que no te roban...no te vas a arriesgar tampoco a pasar porque... y te están pidiendo plata para el vino y capaz que nos les das y se ponen agresivos...”* Esta segmentación es vista como la expresión de un conflicto de edades donde los jóvenes se apropian de los espacios abiertos: *“saliendo de acá, ellos tienen el contorno del barrio, hay piques.. que ya no van con el termo y el mate y unos bizcochos, van con la botellita y algún cigarro, por decirle de alguna forma...”* Para este tramo, los jóvenes de su entorno social (y su consumo de drogas) son en sí mismos una amenaza.

Los mayores de 60 vieron el hogar como su espacio por excelencia, pero a diferencia de los más jóvenes, argumentaron este circuito reducido por el tema de la seguridad: alguien debe quedarse en casa. Mencionaron segregaciones temporales (horarias: *“Después de las ocho de la noche ni mandado podemos salir...-Durante el día nomás..”* y con respecto a los días: los mayores de 70 salen los domingos porque no pagan boleto). No mencionaron instancias de conflicto abierto porque los lugares donde hay jóvenes fueron evitados.

Resumiendo, mientras en el sector medio el lamento por la “pérdida” del espacio público aumentó con la edad, en el sector de ingreso bajo lamentó esta pérdida por igual en todos los tramos de edad. Hubo muchísimas más referencias a la segmentación que a estrategias de segregación de la interacción que permitieran la convivencia de los grupos de edad. Mientras para el extremo de mayor edad en la escala el “sujeto de inseguridad” fueron “los jóvenes”, entre los más jóvenes, la mirada se desplaza hacia los jóvenes más carentes de recursos (los del cante) y hacia las tribus urbanas de planchas y metaleros.

En el sector de ingresos alto, el mundo feliz de los mayores de 60 no mostró indicios del deterioro del espacio público tan discutido en los otros sectores: *“Y la plaza Virgilio en el barrio mío se llena! Los sábados y domingos los ves con la guitarra. Es una juventud ésta como que es como más alegre no? Busca, disfruta más los espacios de Montevideo.”* Percibieron segmentación como los boliches de jóvenes y la Ciudad Vieja como lugar para jóvenes. Vieron segregación de la interacción en la Rambla, donde las personas mayores van a caminar o a correr en la mañana. Con respecto al tema de los espacios públicos mencionaron que las clases altas los usan menos, pero la clase media los usa más (*“pero hay mucha clase media que claro, no tiene jardín... y van a los parques”*), así que no desarrollaron un deterioro de estos espacios.

Los jóvenes del sector de ingreso alto reivindicaron sus salidas nocturnas, se refirieron a espacios segmentados tanto en relación a la clase social como a la edad (“...ando por estos barrios porque no están ni los cabezas, ni... igual chorros siempre tiene que haber”) En términos de edad señalaron las matinés como espacios de “pendejos”, la ciudad vieja como lugar de jóvenes pero mayores que ellos mismos y los lugares de comidas y los casinos como espacios de los adultos y mayores: es decir, la segmentación se percibió en términos del consumo. Como estrategias de segregación de la interacción mencionaron el uso de la Rambla al igual que sus mayores: “La rambla de mañana están todos los viejos...-Salen a trotar, todas esas cosas...-...y de noche. -De mañana están todas las nenas en las hamaquitas y de noche están todos los flacos fumando porro.” A diferencia de los jóvenes del sector medio, no hicieron referencia al conflicto de edades.

Resumiendo, el sector de ingresos altos no compartió con los otros dos grupos el lamento por la pérdida del espacio público y su concepción del lazo social no se centró en la defensa del uso de los espacios urbanos.

[3] LAS MARCAS DE CLASE DE LA INSEGURIDAD CIUDADANA: JUVENTUD Y POBREZA

Miedo urbano y estigmas en Montevideo

La percepción de inseguridad¹¹ es un determinante sustantivo de los usos del espacio público y es uno de los principales emergentes de esta investigación. Los sujetos y lugares de la ciudad identificados como “peligrosos” influyen en la conformación de los imaginarios urbanos y moldean el desenvolvimiento de las personas en Montevideo. En este sentido, los miedos urbanos afectan la manera en que la ciudad es (y puede ser) vivida por sus habitantes, ya sea porque inhiben parcial o totalmente el uso de algunos espacios, o porque desencadenan conductas “precautorias” por parte de los individuos que los frecuentan, delimitando formas específicas de uso y apropiación. El discurso sobre la inseguridad está socialmente estratificado. Si consideramos que las posiciones que los agentes ocupan en el espacio social se corresponden tendencialmente, a una serie de disposiciones que organizan sus experiencias (Bourdieu, 1979), es de esperar que la identificación de los sujetos de inseguridad siga un patrón similar. No sólo la representación discursiva del sujeto amenazante remite a diferentes posiciones en el espacio social. También se lo inscribe en el espacio urbano en términos geográficos, el sujeto “peligroso” habita en y circula por algunos (y no todos) los “lugares” del Montevideo actual.

Los efectos que en materia de exclusión y segregación socio-espacial se derivan de la asociación de ciertos territorios y grupos sociales con la violencia y la delincuencia han sido ya diagnosticados por diversos autores (Katzman & Retamoso, 2005; Wacquant, 2001, Saraví, 2004). Sin embargo, el énfasis de este estudio está en el análisis de los mecanismos que operan en el orden

¹¹ La discusión teórica sobre los miedos urbanos y la inseguridad ciudadana se abordará en profundidad en el libro de pronta publicación “Miedos Urbanos en Montevideo”.

simbólico: unos dispositivos que cuando se habla de inseguridad son puestos en juego para prescribir las características de los lugares y sujetos peligrosos, y que terminan configurando un sistema de diferencias en la asignación de las marcas y estigmas (Goffman, 1963).¹²

Aquí el foco se coloca en el modo en que a través de los discursos relativos a la inseguridad ciudadana son señalados sujetos y lugares de Montevideo. En el proceso mediante el cual se significan ciertos lugares como peligrosos o inseguros, se evidencia la pertinencia que cobran las clases de edad y las clases sociales. En consecuencia, el análisis que viene a continuación puede ser considerado un ejemplo de por qué estas dos dimensiones estructurantes del espacio social deben ser ponderadas en la comprensión de la dinámica urbana desde la perspectiva del habitante.

Cuando confluyen los lugares y sujetos señalados como peligrosos, se conforman verdaderos focos de concentración de marcas y estigmas que responden a un doble movimiento: el lugar es marcado en función de quién lo habita y a su vez la marca del lugar repercute sobre sus habitantes. El primer movimiento da muestras de cómo la identificación de sujetos que generan inseguridad reproduce (desde la ciudad habitada) el esquema de desigualdad y fragmentación social montevideana. A raíz de ello, el mapa de lugares considerados no-usables por motivos de seguridad coincide, precisamente, con los espacios urbanos habitados o comúnmente frecuentados por estos sujetos. El segundo movimiento sigue un sentido inverso pero con resultados similares: la marcación del lugar tiene consecuencias inmediatas sobre sus residentes, funcionando también como indicador y potenciador de los procesos de exclusión social.

Ahora bien, las dinámicas de marcación de lugares y sujetos inseguros no operan en un medio neutro: son resultantes de un conjunto amplio de estrategias de producción (reproducción o subversión, según Bourdieu) de un orden de dominación simbólica, que los agentes orientan de cara al mantenimiento o reversión de sus posiciones. Las reglas que rigen la identificación, clasificación y estigmatización de los lugares y sujetos peligrosos deben ser tenidas en cuenta en la caracterización del discurso dominante que moldea la percepción de la inseguridad ciudadana. La localización (social y geográfica) de los sujetos peligrosos es un signo inconfundible de las fronteras simbólicas en la ciudad habitada (Filardo et. al., 2005). Integra y configura los principios básicos de la fragmentación social y urbana. ¿Cuáles son los rasgos distintivos de este discurso? ¿Bajo qué formato se presenta? ¿Cuáles son las reglas que rigen su aparición? ¿Sobre qué puntos se focaliza? ¿Qué efectos genera? El análisis de grupos de discusión aportó elementos significativos para perfilar respuestas a estas interrogantes, permitiendo la reconstrucción del proceso de producción de los discursos sobre la inseguridad ciudadana, así como su distribución según las distintas posiciones ocupadas por los hablantes en el espacio social (y a las cuales corresponden unos sistemas de disposiciones en sentido de Bourdieu).

¹² En este punto, la complementariedad de los abordajes académicos efectuados desde la perspectiva de la ciudad administrada y la habitada, parece ser tan evidente como necesaria.

Para el análisis, en primer lugar, se consideran los mecanismos discursivos que naturalizan la relación de la pobreza y la juventud con la delincuencia. Se trata de ver cómo desde los lugares inseguros se llega a los pobres como sujetos generadores de inseguridad, y cómo cuando se habla de los jóvenes se los asocia a los sujetos peligrosos. En segundo lugar, se muestra cómo el peso que adquieren ambas dimensiones (económica y etaria) en la caracterización de estos sujetos presenta variaciones correlativas a la clase económica y de edad de los participantes en el grupo de discusión. El tercer apartado analiza las respuestas al estigma que ofrecen los grupos de clase y edad cuando se aproximan a los atributos señalados en los estereotipos. Finalmente, se formulan algunas reflexiones¹³.

3.1 MARCAS Y DISPOSITIVOS

El grupo de discusión reúne una serie de propiedades que habilitan un tipo de análisis de discurso que analiza las condiciones de producción del discurso. Permite, en la medida en que recrea las condiciones propias de un proceso conversacional, activar la memoria social y compartida de sus participantes. La situación de interacción se erige, entonces, en observatorio para la religación ideológica y afectiva de los distintos sectores de la sociedad (Callejo, 2002). Son, precisamente, estas propiedades las que posibilitan —al mismo tiempo que obligan— un tipo de análisis particular del discurso grupal, necesariamente diferenciado del análisis característico del texto producido en el contexto de una entrevista. Es que si en la entrevista la atención se centra en la interpretación de los significados del discurso del hablante, el análisis de su linealidad y coherencia lógica; en el grupo de discusión deberán considerarse las razones prácticas —en el sentido de Bourdieu (1994)— que entran en juego en el devenir del diálogo para producir un discurso “razonable” y “ajustado” a la condición del grupo. El análisis del diálogo, entonces, deberá prestar sumo cuidado a la pluralización excesiva del discurso grupal: no es una sumatoria del discurso individual, sino un encadenamiento de micro-discursos. Cuando en el diálogo se tematizan las relaciones de edad, habitualmente se hace referencia a la transformación del vínculo intergeneracional entre padres e hijos (entendido en su dimensión genealógica). Lo que llama la atención aquí no es la sustancia de este discurso, sino una lógica, “razonable” desde la óptica del grupo, que secuencia significantes aparentemente provenientes de campos discursivos a priori distanciados, para producir un discurso que erige a los jóvenes como sujeto peligroso.

Mi hija que tiene 17 años me dice "mamá como vos me criaste a lo que son los chiquilines". Y es verdad yo la crié a la manera que me criaron a mí. Y está mal porque la verdad está mal. Y como ella ahora está criando distinto a sus hijos ahora y está perfecto. Y el nieto, yo tengo un nieto ahora de 5 años y mija te hace cada pregunta! Yo me siento a veces avergonzada y no sé qué decirle. Es que está preguntando realidad de cosas!

¹³ Si bien como se verá a continuación el señalamiento de sujetos y lugares peligrosos está estrechamente relacionado, el análisis privilegia lo referido a la identificación de sujetos. La cuestión de los lugares inseguros quedará postergada para el libro “Miedos Urbanos en Montevideo”.

Pero vos viste como ahora te agarran la cartera y viste como tiran a las personas de edad para sacarle un peso! La lastiman y todo. Da miedo andar en la calle! - Claro también ha cambiado mucho... (Sector de ingreso bajo, mujeres mayores de 60)

Los saltos parecen incoherentes si el análisis remite únicamente a la superficie del texto. Así, no habría forma de relacionar la discusión sobre el modo de educar a los hijos en los tiempos que corren con el aumento de los delitos. El discurso adquiere sentido (o más bien contexto) cuando se mira la clase de edad y la clase económica desde donde se lo produce: personas mayores que conviven cotidianamente en un ambiente social pauperizado y donde los jóvenes son percibidos como una amenaza a su seguridad física. Lo que resalta del diálogo no es la veracidad de las afirmaciones (de la cual nada puede afirmarse), sino la presencia siempre latente de un dispositivo que asocia mecánicamente el discurso de la juventud con el discurso de la delincuencia. Con la posición económica el mecanismo es similar. El estadio, por ejemplo, es otro de los lugares identificados como crecientemente inseguros. Al mismo tiempo, parece estar cada vez más “popularizado”.

- Hay otros lugares, el parque de los Aliados de noche, hace mucho tiempo que es impenetrable, hoy es impenetrable...- Hay mucha más inseguridad también...- Hay más inseguridad... - La inseguridad ha crecido salado...- Sí el estadio ha bajado su nivel de...en cuanto a su público, ha caído los niveles altos y ha crecido mucho en los niveles bajos... - Ha crecido o se ha mantenido...- Claro es mucho más popular entre comillas...- Es como que el espectro económico bajo, se impone y se adueña...- A mi me da esa sensación...- Llega la tarde y la gente se va para sus casitas...- Hay una tendencia a no compartir...- Van con miedo, capaz que una persona que vive en Pocitos dice...- No, no sé... se llenó de gente capaz que de mañana está mucho mejor...en vez de estar rodeado...- También te pasa que en la playa Pocitos, mucha gente en verano, está en Pirlápolis, en Punta del Este, mojo... (Estrato medio, mixto 25-30)

Nuevamente la asociación es automática: hablando genéricamente de la ciudad, se identifica un lugar inseguro y enseguida se diagnostica su apropiación por las clases bajas. Frente a ello, la clase media se aleja, y decide por ejemplo utilizar sus recursos para desplazarse geográficamente y así distanciarse. Una vez más, lo importante no es la veracidad o falsedad de lo que se dice. Cabe sí destacar la activación de un mecanismo funcional a la emergencia del discurso que relaciona pobreza e inseguridad. Operando en conjunto, los mecanismos recién develados “marcan” el discurso sobre la inseguridad ciudadana, especificando los lugares socialmente asignados a los sujetos inseguros, que no de modo casual coinciden con las posiciones en el espacio social ocupadas por los pobres y los jóvenes.

3.2 INSEGURIDAD, CLASES ECONÓMICAS Y CLASES DE EDAD

El discurso de los grupos de discusión respecto a la inseguridad registra una serie de regularidades significativas. (a) La importancia asignada a la percepción de inseguridad, (b) la naturaleza de los sujetos identificados como “peligrosos”, y (c) el auto-reconocimiento de los miembros del grupo en tanto sujetos peligrosos señalados por otros, varían según la posición social del individuo en un espacio de relaciones económicas y de edad.

(a) La percepción diferencial de inseguridad

El discurso respecto a la inseguridad adquiere diferentes niveles de relevancia según la clase económica. Es así que, cuando hacen referencia al uso de la ciudad y las relaciones de edad, los grupos pertenecientes a los sectores de ingreso alto (sin distinción de edad) asignan una importancia relativamente menor a los temas de inseguridad ciudadana en comparación con las clases medias y, sobre todo, las clases bajas. Si se compara el tiempo dedicado a estos temas así como su centralidad en las cadenas de argumentación (por ejemplo, si por distintos motivos siempre se termina en el tema y/o siempre que un hablante lo introduce predomina en la discusión), las diferencias inter-clase son notorias. La distancia social opera en una doble dirección. Por un lado disminuye significativamente el contacto con esos sujetos: directamente se autoexcluyen —tienen también los medios para hacerlo— de los lugares frecuentados por los sujetos peligrosos (la noche de las luces, los cantes, las bailantas), y el contacto se restringe a situaciones esporádicas (los “nenes” que rompen la plaza Gomenzoro en el Barrio Pocitos, o los limpiavidrios de los autos). Por otro lado, conforme la distancia social se incrementa, aumenta también el estigma y la generalización de los “otros”. Cuando se mencionan las causas que justifican la auto-exclusión de las clases altas de algunas zonas de la ciudad, la inseguridad aparece como la razón principal. Sin embargo, rápidamente – en el devenir del diálogo - el problema se desplaza desde el miedo que los “de abajo” generan en los “de arriba” hacia la discriminación que los primeros realizan sobre los segundos, dada su posición económica, su cultura y su educación. Las consideraciones que se realizan sobre los “marginales” dibujan entonces una imagen altamente estereotipada y tipificada, al punto de invertir el sentido de la discriminación generado por un discurso excluyente (al estilo “para mi la discriminación se da más por parte de ellos para nosotros”)

En los sectores de ingreso medio, la problemática de la inseguridad está más presente, denota mayores niveles de reflexividad grupal, y produce una mayor dispersión en las prácticas hacia ella orientadas. Si bien se registran los mismos mecanismos de auto-exclusión de los espacios considerados “inseguros” (también estrechamente asociados a la pobreza), el contacto con las clases portadoras del peligro es mayor. Como la tendencia al uso exclusivo del espacio público es menor que en las clases altas (los medios para ello están más restringidos), la interacción (y el conflicto) en lugares comunes aumenta. Correlativamente al aumento de la convivencia inter-clase, los niveles de estigmatización disminuyen. Ahora el discurso denota una mayor preocupación por distinguir con claridad (sin generalizar) tanto sujetos peligrosos como lugares inseguros. Pero además se aboga por una mayor inclusión e interacción de las clases en la ciudad.

En los sectores de ingreso bajo, la inseguridad ocupa un lugar central cuando el discurso refiere a la vida en la ciudad. El espacio local, que se presenta en este caso como el espacio público privilegiado (al punto que “el barrio” y “la ciudad” son, las más de las veces, la misma cosa), aparece sistemáticamente retratado por la pauperización y la violencia. Para estos grupos, la dinámica de los barrios “segregados” muestra que la convivencia con sujetos que producen

inseguridad es vivida como algo cotidiano que moldea y condiciona el uso público del espacio urbano, y que a su vez obliga a un esfuerzo sistemático de diferenciación para desplazar a “otros” el estigma del cual son objeto. La estigmatización de los jóvenes es el resultado inmediato de esta dinámica, y la criminalización su correlato “natural”.

(b) Los “otros” sujetos peligrosos

No sólo la problemática de la inseguridad adquiere importancia conforme se recortan las distancias existentes entre el grupo y las clasificaciones —o enclavamientos, en el sentido de Bourdieu (1994)— generalmente asociadas al peligro, sino que además los sujetos considerados amenazantes también varían sus características de acuerdo a la edad y la posición económica del grupo. Los discursos diferenciados que se producen según la pertenencia a una clase u otra clase (definida en ambas dimensiones) tienen como denominador común, precisamente, destacar con énfasis diferentes dos marcas fundamentales: la clase y la edad. Pareciera que las posiciones de origen del discurso generan disposiciones “razonablemente” orientadas a resaltar una u otra característica del sujeto considerado peligroso (Tabla 1). Así, en forma recurrente —y sin hacer grandes distinciones— los sectores de ingreso alto y medio identifican marginalidad con peligrosidad. En los primeros, la identificación de sujetos viene generalmente acompañada de una mención explícita de la distancia social: habitantes de asentamientos, niños del cantegril, rastrillos del Cerro que no trabajan, “cabezas” (planchas en argentina) de las bailantas, planchas de otro círculo que viven en zonas distantes, “nenes” que van a la plaza del barrio, pobres que “bajan” a la rambla en La Noche de las Luces, etc. En los segundos, la riqueza de denominaciones es mayor: Se mencionan a las “fichas” o “caras” habitantes de barrios marginales, los “planchas”, los “cumbieros”, los “menores” en situación de calle, los “pobres de los asentamientos” y “los jóvenes que presentan otro aspecto”¹⁴. La alusión a la clase económica está siempre presente para ambas categorías y se apoya (sobre todo en los más jóvenes) en elementos de distinción cultural (ámbitos de ocio y recreación). La edad está señalada en el caso de los menores y los jóvenes que presentan “otro aspecto”, pero la dimensión económica domina en tanto rasgo distintivo de los sujetos vistos como peligrosos.

Ahora bien, la naturaleza de estos sujetos sufre mutaciones importantes cuando observamos el discurso de los sectores de ingresos bajos. La posición económica, genéricamente considerada, pierde relevancia frente a la edad, de modo que la juventud se asocia a inseguridad. Pero además, aparecen claras diferencias entre jóvenes y adultos en la consideración más genérica o más particularizada de la edad como factor de riesgo. En los jóvenes, los sujetos peligrosos (también jóvenes y pobres como ellos) aparecen mencionados directamente por su actividad delictiva y lugar de procedencia. Más allá de su cercanía o distancia, la adscripción a unos territorios y a unas conductas exige el establecimiento de límites precisos que garanticen una diferenciación necesaria: “bandas del liceo”, “malandros del barrio Maracanán”, “malandros del

¹⁴ Las diferencias de género relativas a la percepción de inseguridad no son tratadas en este artículo, pero la aparición de la figura del “taxista” (identificado por una mujer) es una pequeña pero elocuente muestra de su existencia.

Cerro Norte”, “banditas de los cantes”, “malandros drogadictos del barrio”, “malandros del Borro que no trabajan”, “bandas de planchas y metaleros que se pelean en la esquina”, “rastrillos de 17 metros”. Al contrario, en los adultos el “problema de los jóvenes” ocupa el lugar más destacado cuando se hace referencia a las cuestiones de inseguridad, y la clase económica queda relegada a segundo plano: siempre serán “jóvenes pobres”, “jóvenes bichicomes”, “jóvenes drogadictos”, o “jóvenes” a secas.

(c) Los “nosotros” sujetos peligrosos

Si la pobreza y la juventud definen las condiciones genéricamente asociadas a la inseguridad, y si además el discurso moldea diferencialmente las disposiciones de los grupos en la identificación de los sujetos peligrosos, resta por ver qué resultados arroja este “juego de clasificaciones” sobre los sujetos referenciados. Se trata de analizar ya no el discurso de los sujetos clasificadores (los grupos des discusión “dominantes”) sino el de los grupos clasificados (esos “otros” tildados como sujetos peligrosos).

En principio, la doble condición del sujeto peligroso (el pobre y el joven) permite distinguir, desde un punto de vista analítico, sujetos “puros” de sujetos

Tabla 1: Sujetos que generan inseguridad, según clase económica y clase social

CLASE DE EDAD	CLASE ECONÓMICA		
	Baja	Media	Alta
Jóvenes (menores de 29)	<ul style="list-style-type: none"> ▪ Bandas del liceo ▪ Malandros del barrio maracaná ▪ Malandros del Cerro norte ▪ Jóvenes de la esquina ▪ Banditas de "cantes" ▪ Malandros del barrio (drogadictos) ▪ Malandros del borro que no trabajan. ▪ Bandas de planchas y metaleros ▪ Rastrillos de 17 metros ▪ Jóvenes drogadictos 	<ul style="list-style-type: none"> ▪ "Fichas" o "caras" ▪ habitantes de barrios marginales ▪ "Planchas" ▪ Cumbieros ▪ Menores en situación de calle ▪ Pobres ▪ Jóvenes de su edad, pero con otro aspecto ▪ Taxistas ▪ Pobres ▪ Los “planchas” (clase baja) ▪ Pobres de asentamientos menores 	<ul style="list-style-type: none"> ▪ Marginales (habitantes de asentamientos) ▪ Niños del cantegril ▪ Habitantes del cantegril ▪ Rastrillos del Cerro que no trabajan ▪ "Cabezas" (planchas en Argentina) de las bailantas ▪ Planchas, de otro círculo, que viven en zonas distantes
Adultos (mayores de 30)	<ul style="list-style-type: none"> ▪ Jóvenes pobres ▪ Jóvenes bichicomes drogadictos ▪ Jóvenes 	<ul style="list-style-type: none"> ▪ Gente que habla mal en el Mambo (Parque Rodó). 	<ul style="list-style-type: none"> ▪ "Nenes" de la plaza del barrio, limpiavidrios

Fuente: elaboración propia. 2006.

“híbridos”. Los primeros se destacan por llevar la doble carga del estigma, por lo que al mismo tiempo no depositan en otras edades o en otras clases económicas la percepción de inseguridad. Si bien no son ajenos a la inseguridad ciudadana, no utilizan ni la edad ni la posición económica como “designadores rígidos” del sujeto inseguro; otras son, como ya vimos, las características destacadas. Los segundos —los sujetos híbridos— ocupan posiciones intermedias en el espacio bi-dimensional que define a las categorías portadoras del peligro: por poseer uno de los dos requisitos enunciados, pueden ser, al mismo tiempo, objetos de inseguridad y sujetos vistos como

peligrosos (o sujetos clasificadores y sujetos clasificados), según se juzgue su edad o nivel económico.

La tabla 2 muestra la distribución de estos sujetos clasificados según clase y edad. A cada par de coordenadas (por ejemplo, clase económica baja y clase de edad joven) le corresponde unos agentes de clasificación (las personas del Barrio Pocitos y la Policía en la celda seleccionada), que podrían perfectamente asociarse a los sujetos clasificadores, o sea, los grupos sociales identificados por los supuestos sujetos peligrosos como productores del estigma del que son objeto. La tabla detalla también, para cada posición las denominaciones que según estos sujetos clasificados son utilizadas (en tanto designadores rígidos) por los agentes de clasificación, y que naturalmente se asocian a sus características (ser jóvenes o ser pobres, en nuestro ejemplo). Evidentemente, si miramos el extremo opuesto de la tabla, se observa que tanto los jóvenes como los adultos de clase alta no se auto-identifican como objeto de una clasificación (en tanto sujetos peligrosos) por parte de otros grupos. Y algo similar sucede con los adultos de clase media. En consecuencia, el análisis que sigue a continuación solamente tendrá en cuenta a los grupos clasificados dentro del espacio ocupado por los sujetos portadores de estigma, sean estos “puros” o “híbridos”.

Tabla 2: Categorías de distinción y agentes de clasificación de sujetos inseguros, según clase económica y clase de edad

CLASE DE EDAD	CLASE ECONÓMICA					
	Baja		Media		Alta	
	Categorías de denominación	Agentes de clasificación	Categorías de distinción	Agentes de clasificación	Categorías de distinción	Agentes de clasificación
Jóvenes (menores de 29)	<ul style="list-style-type: none"> ▪ Pobres mal vestidos ▪ Jóvenes 	<ul style="list-style-type: none"> ▪ Gente de pocitos ▪ Policía 	<ul style="list-style-type: none"> ▪ Jóvenes 	<ul style="list-style-type: none"> ▪ Vecinos de pocitos de edad adulta, ▪ Policía ▪ Viejas de los ómnibus 	<ul style="list-style-type: none"> ▪ No identifican 	<ul style="list-style-type: none"> ▪ No identifican
Adultos (mayores de 30)	<ul style="list-style-type: none"> ▪ Habitantes de barrios pobres 	<ul style="list-style-type: none"> ▪ Gente de plata 	<ul style="list-style-type: none"> ▪ No identifican 	<ul style="list-style-type: none"> ▪ No identifican 	<ul style="list-style-type: none"> ▪ No identifican 	<ul style="list-style-type: none"> ▪ No identifican

Fuente: elaboración propia. 2006.

El estigma opera con mayor fuerza en los grupos que reúnen ambas condiciones. Para los jóvenes (de 15 a 19 años) de nivel de ingreso bajo, existe una clara discriminación por parte de las clases altas, especialmente asociada al miedo. La vestimenta es considerada un signo inconfundible de la clase de pertenencia, y en consecuencia opera como principio de distinción, clasificación y publicación de una clase (económica y de edad) ajena al espacio público apropiado por las clases medias y altas.

De todas maneras, el estigma asociado al nivel económico es igualmente percibido por otras clases de edad pertenecientes al nivel de ingreso bajo. Sin

mediar otras distinciones, los habitantes de los barrios generalmente identificados como peligrosos perciben claramente el miedo que los “otros” experimentan por “ellos”, y la discriminación que el miedo acarrea. La plena conciencia de los mecanismos de segregación que operan delimitando con precisión el espacio geográfico y adjudicando a cada clase su lugar correspondiente se hace evidente en los discursos de los adultos habitantes de barrios pobres. Por otro lado, son estos mismos sectores discriminados por su condición de pobres que en tanto adultos depositan en los jóvenes la carga del peligro. Algo similar ocurre con los jóvenes de clase media, que en un sentido inverso a los adultos de clases bajas experimentan la discriminación de los otros por su condición de jóvenes y al mismo tiempo se apoyan en su posición económica para distinguirse de los “sujetos amenazantes”. En tanto jóvenes, sufren la estigmatización de los adultos y vehiculizan el fantasma de la inseguridad por ser, producto de su edad, diferentes (por ejemplo) en la vestimenta. La edad, en este caso, especifica el uso del espacio para una misma clase económica, en la medida que el estigma del sujeto peligroso recae en la juventud además que en el pobre. Como la miopía se incrementa con la distancia social (Filardo et. al., 2006a), en las clases de edad alejadas de la juventud la clasificación se realiza sin distinguir con precisión la edad de la clase económica, por lo que estos jóvenes de clase media deben acreditar permanentemente su condición de clase económica (“no pobres”), para usar el espacio público propio de esa posición. Generalmente la policía —al servicio de la clase etaria y económicamente dominante— o la seguridad privada —contratada para regular un espacio público— funcionan como agentes que administran los procesos de acreditación. Al igual que los adultos de bajo nivel socioeconómico, éste grupo discriminado por su condición de jóvenes deposita, dada su clase social, en los pobres (o “planchas”) la carga del peligro.

3.3 REFLEXIONES

En las páginas anteriores se mostró cómo el discurso dominante identifica juventud y pobreza con peligrosidad y delincuencia. Estas dos “marcas” operan como designadores rígidos de los sujetos que la portan. Jóvenes y pobres son, en consecuencia, objeto de estigmatización permanente. De todas maneras, la inseguridad ciudadana no tiene la misma relevancia para todas las clases económicas y de edad. Los sectores de ingreso alto están menos preocupados por las cuestiones de inseguridad que los sectores medios, y en comparación con los bajos las diferencias son significativas. La mayor distancia social disminuye la interacción, por lo que, a medida que se alejan del “aquí y ahora” de la situación “cara a cara”, las “tipificaciones” que los grupos de estratos altos realizan respecto a los estratos bajos se acentúan progresivamente, vinculando la delincuencia a un (generalizado) atributo de clase. El sujeto peligroso pierde así la especificidad de su rostro. Un mayor nivel de abstracción se corresponde a un aumento en la estigmatización, que al mismo tiempo “protege” a las clases altas del contacto “riesgoso” con las clases bajas. Las clases medias comparten más espacios con los supuestos “sujetos amenazantes”, el miedo aumenta, pero la tipificación disminuye vía contactos frecuentes. En las clases bajas, la inseguridad ocupa un lugar privilegiado en el discurso sobre la ciudad.

El barrio¹⁵, se presenta como un lugar de conflicto cotidiano, en donde los pobres “integrados” intentan diferenciarse persistentemente de los “excluidos”. Tampoco el peso asignado a cada una de estas marcas (edad y posición económica) se distribuye equitativamente. Las clases altas sesgan la identificación de los sujetos inseguros hacia la pobreza, mientras que a medida que se desciende en la escala social otras dimensiones, como la edad, se vuelven relevantes. Así, mientras la clase media presenta mayor diversidad en los sujetos identificados, la juventud aparece casi exclusivamente “marcada” para los adultos pobres. Pero cuando las dos “marcas” se hacen presentes en un grupo (como en los jóvenes pobres), la distinción se vuelve exquisita: un lugar geográfico claramente definido y “apropiado” por otros, y unos modos de conducta también diferenciados, suplen la completa ineficacia de los “designadores rígidos”. La dinámica que rige los desplazamientos se hace evidente: cuando un grupo cumple con una de las “marcas”, se recuesta en la otra para distinguir a unos “otros”.

Las consecuencias que este sistema de clasificación de los sujetos peligrosos tiene sobre los distintos grupos sigue también un patrón de desigualdad nuevamente marcado por la clase económica y la edad. Por su escaso tiempo vivido, los jóvenes de clase media cargan con el estigma del sujeto inseguro, pero al mismo tiempo se sienten inseguros frente a los jóvenes pobres. Su tránsito por la ciudad (sobre todo por las zonas habitadas por la clase económica a la que pertenecen) presenta mayores niveles de publicación: son más visibles ante la mirada reguladora de la policía, por lo que deben señalar “caso a caso” su posición social. Ahora bien, por su condición de pobres, los adultos que residen en barrios populares son objeto de la estigmatización y segregación permanente por parte de las clases económicas mejor posicionadas. Ello los lleva a tildar de infundado el miedo crecientemente difundido desde los medios de comunicación, y a considerar injusta y discriminatoria la asociación entre pobreza e inseguridad. De todas maneras, son los jóvenes pobres, portadores de ambas marcas, los más perjudicados por este juego de clasificaciones. Así, son objeto permanente de señalamiento en su barrio, sufren el asedio constante de la policía, pero además deben realizar el esfuerzo de desplazar el estigma hacia otros sujetos (pobres y jóvenes como ellos, pero siempre más “marginados”) que les generan inseguridad. Detrás de esta pronunciada desigualdad en la prescripción de los sujetos peligrosos se evidencia la predominancia de unos “imaginarios urbanos” —leyendas, símbolos, imágenes, relatos, etc., en el sentido de Canclini— que determinan una distribución de ningún modo casual de los estigmas, y que en definitiva amenazan la legitimidad de la presencia (y la publicación) de algunos grupos (jóvenes y pobres) en los espacios públicos. Una mirada (científica y política) de la ciudad que considere la perspectiva del habitante debe orientarse a pluralizar los imaginarios, relativizar los “fantasmas” de los sujetos peligrosos, y contrarrestar el efecto de las tipificaciones

¹⁵ Una particularidad del barrio consiste en que puede ser considerado como un espacio de intersección entre la órbita privada y la pública. Esta característica lo configura en un territorio privilegiado para el desarrollo de los procesos de acumulación y transferencia de activos sociales. El uso y apropiación de los espacios locales constituyen al barrio en un escenario de disputas permanentes (Saravi, 2004).

generadoras de estigmas, resultantes en última instancia de la distancia social y del extrañamiento del otro.

El enfoque planteado pretende mostrar cómo la inseguridad se configura en un determinante significativo del uso y apropiación de los espacios públicos urbanos. Desde la perspectiva de la ciudad habitada, el análisis de este fenómeno evidencia que en el juego urbano no existen relaciones de reciprocidad en la asignación de los estigmas, sino que siguen patrones caracterizados por el señalamiento de un “otro” (siempre diferente al “nosotros”), que varía según la posición ocupada por el “agente clasificador” en el espacio social. Los múltiples señalamientos a unos “otros”, y las variadas subversiones y desplazamientos que genera la marcación desde las distintas posiciones, indica la existencia de un verdadero juego de espejos, una pequeña muestra de un conjunto más general de movimientos entre piezas que tienen a la ciudad como escenario. La urbe es, en este sentido, el “tablero” de un “juego” que alberga “reglas”, “piezas” y “movimientos”.¹⁶

Ahora bien, tanto los lugares como los sujetos que protagonizan el juego cambian, se modifican con el tiempo. Por ejemplo, lo que antes era inseguro puede ya no serlo, y lo que ahora significa una amenaza puede no registrar señalamientos anteriores. Si los “sujetos considerados peligrosos” cambian de lugar en la ciudad, o si nuevos sujetos aparecen como amenaza (o sea, el discurso desplaza el foco del señalamiento o el rasgo distintivo de una marca), los lugares donde circulan y habitan se vuelven inseguros. Detrás de estos procesos, el tiempo juega su papel específico. Los imaginarios urbanos, y el juego que los delimita, tienen también su deriva generacional. Precisamente, el punto será analizado en la sección siguiente.

[4] UNA PERSPECTIVA DIACRÓNICA. GENERACIONES EN LA CIUDAD Mirando el cambio

Un eje de análisis de la investigación buscó explorar y comprender en profundidad cómo se configura el discurso sobre las percepciones de la juventud actual (en tanto clase de edad) y del Montevideo actual en comparación con la juventud y la ciudad vivida en su momento en tanto jóvenes, desde distintas posiciones en el espacio social configuradas según tramos de edad y clase social. Lo central aquí es abordar en clave comparada dos ejes: en primer lugar, la percepción y objetivación de la/s juventud/es actual/es en tanto clase/s de edad en comparación con la “actualización” co-producida de la/s juventud/es que se objetivan desde cada tramo de edad y clase social (por ejemplo, cómo ven la juventud actual personas entre 40 y 49 años de clase alta, montevideanos de más de 60 años de clase baja, etc). En segundo lugar, se analiza la comparación que desde distintas posiciones se realiza sobre las percepciones y usos del Montevideo actual y pasado, centrándonos en particular en un eje fuertemente emergente en los grupos de discusión realizados: la objetivación de una ciudad insegura.

¹⁶ En 2007 fue aprobado un proyecto CSIC presentado el mismo grupo de trabajo, donde desde esta tipología lúdica se realizará una encuesta relativa al uso de Montevideo.

4.1 NOTAS PREVIAS SOBRE LOS CONCEPTOS

Este proceso de análisis nos invitó a profundizar en la complejidad que tiene el concepto de edad, de clases de edad y su articulación con el concepto de generación, y a profundizar con ello nuestro esquema conceptual. Estas reflexiones y una sistematización teórica de los usos del concepto de informe de investigación. En esta oportunidad, señalaremos a continuación sólo algunas ideas que guiaron nuestra lectura de los objetivos antes propuestos. En primer lugar, más allá del debate de la edad como una construcción social o una condición, desde una sociología de las relaciones de edad se ha distinguido analíticamente una edad cronológica (cantidad de años vividos), una edad biológica (derivada de los procesos de envejecimiento biológicos), una edad psicológica o subjetiva (autopercebida, que remite también a la capacidad de adaptabilidad al entorno), una edad social (configurada por habilitaciones y limitaciones de los espacios de participación y desarrollo en distintas esferas sociales –una edad para aprender, una edad para tener familia, etc), y una edad burocrática (vinculada con delimitaciones de edades desde el Estado para el acceso/ restricción a bienes y servicios o establecimiento de derechos y obligaciones). Se evidencia así la alta complejidad de estos conceptos y su tratamiento como variables en análisis cuantitativos y cualitativos, y advirtiendo –en más o en menos– sobre el carácter construido de la noción de edad y la problemática de su naturalización como realidad objetiva (Vilas y Rivandeira, 1999; Filardo y Muñoz; 2003; Filardo et al; 2004). A la asincronía de estas edades en un mismo individuo, se le agrega la mutabilidad histórica de las edades, así como su variación con distinto ritmo y temporalidad entre diferentes “clases sociales o relaciones económicas”.

En esta complejidad, la articulación de los conceptos de edad y generación lleva a diferenciar analíticamente una “edad histórica”: la edad situada que daría cuenta de la dimensión de contexto, situación o momento histórico en la que se vive una determinada edad (cronológica, subjetiva, social, burocrática) en un campo y/o en el espacio social. Sin duda ésta se vincula con las anteriores. La edad social, de hecho, está connotada por la situación histórica en que se transita por ella. Y es en este sentido que la edad histórica implica en el devenir de muertes y nacimientos, una “estratificación de la experiencia”. Es si se quiere el “encuadre” de probabilidades de percepción y acción en función del momento histórico de nacimiento y crecimiento, de modo similar a lo que Mannheim llama “situación de generación” y que por su dificultad de diferenciación con el concepto de generación lo denominamos aquí para ello la edad histórica.

En su articulación con el concepto de clase social en un análisis del orden y reproducción social, la edad histórica y la situación de clase –así como también el sexo- operan como coordenadas espacio-temporales en la definición de una “situación” en el espacio social. Este “marco” de posiciones dado por los designadores rígidos en el espacio social, se especifica en cada campo donde los individuos, además de tener una edad cronológica, burocrática, social, tiene una edad histórica. En nuestro caso, la edad histórica en cada tramo de edad nos permite comprender un eje de distinción de la comparación que desde

cada tramo se realiza entre su juventud y la actual, entre su Montevideo cuando “era/es joven” con el actual, en el siguiente sentido, cada posición según su edad o tramo de edad –y en interacción con otros cortes como sexo o clase de edad- comparte a su interior y se diferencia entre sí por una edad histórica que en términos temporales estratifica la experiencia.

Esta lectura la diferenciamos del concepto de generación, y nos reservamos el mismo para otros usos. Aquí una generación no se define por una cohorte de nacidos, y no es tampoco la edad histórica. Tampoco son los cambios estructurales en un campo o espacio dado, sino que estos últimos serían los potenciales marcadores de generación). Coincidimos con Mannheim que una generación implica una toma de conciencia histórica, pero agregando que es una toma de conciencia de ese cambio estructural que toma carácter de diferencial entre distintos individuos o grupos. A su vez, en su operacionalización, esa toma de conciencia deberá analizarse en tanto construcción de identidad histórica manifiesta en los discursos de los individuos o grupos en expresiones de autodefinición e identificación con un “tiempo histórico” (“mi época”), de diferenciación con un otro “histórico” sobre el que se construye la imagen de “la otra generación”, y de reconocimiento de una “igualdad etaria” (en sentido de edad histórica) que se expresa en general en forma sinecdocal –la parte por el todo- y con cierta dosis identitaria (“nuestra generación”) que no necesariamente implica la consolidación de grupos concretos sino que se encuentra en un nivel de sentimiento de pertenencia a un colectivo. Así, definimos la dinámica generacional como la toma de conciencia histórica en un proceso de distinción-identificación de edades históricas diferenciadas por cambios estructurales en el nacimiento y crecimiento; en este marco, en la medida que la existencia de una generación es relacional, no se completa hasta tanto no existe otro diferenciado: la antecesora / sucesora.

Por otra parte, el concepto de generación se vincula con aquellos de poder y dominación, de un orden social (que se basa esencialmente en la muerte y la herencia). La centralidad del concepto en un análisis de la construcción de la edad social en las luchas por la repartición de los poderes en un campo, se sostiene en un juego de tres momentos: 1) en la toma de conciencia de edad histórica y el cambio estructural producido en el campo, 2) la toma de conciencia temporal, de la existencia de la muerte o finitud de la vida (en un campo o en el espacio social) a través del reconocimiento de un otro antecesor y otro sucesor (en una observación trascendente que nos objetiva como “una hebra en la trama de la vida”), 3) su uso como recurso en la lucha por lo que éste evoca: la impronta de su tiempo, en las estrategias de sucesión o conservación de los lugares de poder y la construcción del “ser joven y ser viejo” en un campo. A modo de ejemplo de esto último y la diferenciación de clases de edad y generación en tanto “recursos”, el ser viejo (“experiente”, “maduro”) no es lo mismo que “estar envejecido” (por ejemplo con relación a un cambio estructural en un campo que pudiera operar como “marcador de época”). Por último, debe aclararse la vinculación de los conceptos generación y juventud. En términos de edad social, “la juventud” (así como la vejez) es producto de luchas por la repartición de los poderes. Esto se diferencia de las leyes de envejecimiento, donde “el recién llegado” o “el nuevo” toma en general

estrategias de subversión o sucesión para llegar a las posiciones de poder en el espacio social, o bien en los distintos campos según sus leyes de envejecimiento. Por su parte, el concepto de generación se vincula con la toma de conciencia histórica, que remite en general a los procesos de nacimiento, crecimiento y socialización (formación del habitus) en el espacio social o un campo dado. En este sentido, se vincula con la idea del “recién llegado” o “el nuevo” sólo a través de la edad histórica, en existencia de cambios estructurales y toma de conciencia de éstos¹⁷.

4.2 LA JUVENTUD DE ANTES Y DE HOY

(a) Aspectos generales a todas las clases y tramos de edad

En términos generales, en la configuración de los discursos sobre “la juventud” actual (analizada aquí en términos de clase de edad y siguiendo por tanto una definición inter-subjetiva y relacional), en comparación con “su juventud” y “el momento” en que quien proyecta fue/es joven (entendiéndose por ello la imagen y autoproyección actualizada de su juventud en términos autobiográficos), predominan fuertemente una visión decadentista del contexto actual y alusiones a elementos destacados como negativos de la juventud actual. Esto ocurre con relativa independencia de sector de ingreso y tramo de edad desde los cuales se construye el discurso. Los aspectos son diversos, destacándose entre ellos la despolitización de la juventud actual, la pérdida de respeto y/o modales, una mayor violencia e inseguridad, el consumo de drogas en general o ciertas drogas en particular, seguidos luego del aumento del consumismo, la influencia de las nuevas tecnologías de la comunicación y los cambios en la familia y arreglos familiares. Entre estas menciones, vemos cómo al igual que en los discursos sobre la inseguridad ésta se la asocia con la juventud (como lo muestra el capítulo 3), ahora los discursos sobre la juventud y los cambios en la historia son asociados a la inseguridad y la violencia, agregando aquí el componente dramático y dramatizador de un proceso decadentista sobre los lazos sociales, el respeto y reconocimiento social, y los códigos de convivencia. En todos los grupos de discusión realizados salvo en el caso de mujeres mayores de 60 años de ingreso alto, el discurso se caracterizó por este tinte “decadentista” objetivando ciertos procesos de deterioro donde “todo tiempo pasado fue mejor”.

Por su parte, si bien fueron escasos los aspectos “neutros” mencionados en los grupos que caracterizarían la juventud actual, éstos se concentran, en los sectores medio y alto, en alusión sistemática a un proceso de “prolongación de la juventud”. En el caso del sector bajo este aspecto no sólo se ausenta sino que aparecen como aspectos negativos la maternidad temprana, las diferencias de arreglos familiares (citando entre ellos hogares monoparentales), aspectos que en muchos casos son manifiestos como símbolos de entrada al mundo adulto. Una hipótesis posible de este hecho es la distinta

¹⁷ Si se quiere, en un análisis generacional donde no es posible captar la definición subjetiva (o mejor dicho, la construcción intersubjetiva) de generación, la articulación del análisis de los cambios estructurales en un campo y la edad histórica, vinculada a la etapa de crecimiento y socialización en un tiempo histórico dado pre/post cambio, puede operar como un “indicador proxy” de generación.

conceptualización de la juventud por parte de estos sectores –o su ausencia en términos comparados con los discursos de las demás clases- (más aún si nos acercamos a una definición en función de una moratoria social). Por último, los aspectos positivos mencionados desde las distintas clases sociales fueron una mayor libertad con la que viven los jóvenes hoy, en algunos casos la flexibilización de los roles tradicionales de género y sus relaciones, y en menor medida (esto expresado desde las posiciones de mayor edad) una relación más cercana o mayor relación “intergeneracional”, entendiéndose esto en un sentido genealógico (en concreto, las relaciones de los hijos jóvenes actuales con sus padres).

Como actitud general sólo se buscaron explicaciones para los procesos negativos señalados y no para los positivos o neutros. Nuevamente el discurso de los sectores medios se caracterizó por su actitud más reflexiva, “relativizadora”, siendo el único sector que, también frente a este tema, debatió los argumentos sistemáticamente. Como ya vimos en otros temas que cruzan la investigación (la significación del ser joven, los usos de la ciudad, la identificación de lugares inseguros, los sujetos de inseguridad, etc.) este carácter relativizador y argumentativo *distingue* en todos los casos a la clase media frente a las demás. Por su parte, el poco debate en el sector alto de mayor edad (grupo de más de 60 años) se vincula más con la no identificación de procesos sociales negativos de cambio en la juventud en tanto clase de edad, mientras en el grupo de los adolescentes el proceso identificado como negativo (la imposición del consumo de pasta base) se vio como afectando centralmente a otras clases sociales, mientras que el consumo de drogas propio de su sector social no fue evaluado como un proceso negativo sino neutro.

(b) La objetivación diferencial por clase social y tramos de edad

En el sector de ingresos altos las mujeres mayores de 60 fueron un grupo no decadentista. Como no señalaron ningún proceso negativo (aunque sí hubo referencias a la violencia esta fue tematizada como una molestia menor, no estacionar en ciertas zonas el auto, etc., pero no fue vista como un aumento alarmante), entonces no tuvieron que discutir ninguna causa última en ese sentido. El tramo de 15 a 19 fue en toda la muestra el grupo que menos procesos de cambio reseñó. Lo que tuvo en común con los adolescentes de los otros sectores fue señalar el consumo de drogas en general (connotado como proceso neutro), y en particular el consumo de pasta base (éste sí visto negativamente). En ambos casos se hizo referencia sincrónica al consumo como la realidad que viven, pero no se tematizó en la perspectiva de un aumento histórico del consumo, como sí pasó en los otros sectores de ingreso. La ausencia de percepción de “cambio” se debe a su corta edad (ellos no lo “experimentan”).

En el sector de ingresos medios, el aumento de la inseguridad fue tematizado en casi todos los tramos de edad -menos el de 20 a 24 años-, aspecto que se reitera en varias ocasiones en los discursos (por ejemplo frente al tema del uso/no uso de los espacios públicos urbanos). El mismo se hizo manifiesto con relación a procesos de cambio histórico en un nivel macro-social, mientras en

ciertos casos se hizo presente su asociación con la juventud. Por su parte, el consumo de drogas fue otro aspecto señalado en los distintos grupos si bien con diferencias de especificación y connotación valorativa. Mientras en edades más avanzadas (de 50 años y más) las drogas fueron vistas como la causa fetichizada de problemas sociales, a menor edad pasan de ser causa de problemas a ser en *sí mismas* un problema a explicar: el grupo de 30 a 39 ve como problema el pasaje al consumo de pasta base; y si seguimos bajando en la edad, el consumo de drogas fue tematizado pero no fue considerado uno de los procesos sociales de decadencia. Un tercer tema percibido y valorado de modo diferencial según tramo de edad es la flexibilización de los roles de género: de ser un proceso visto negativamente para los mayores de 60 se configura como un proceso positivo en los tramos de 40 a 49 y de 25 a 29. Analizando en profundidad los discursos de “la juventud actual” en el sector medio desde los distintos tramos de edad, se ve con claridad diferencias en las “marcas” históricas o hitos que operarían como las causas de los procesos de cambio negativos y la decadencia aludida. El grupo mayor de 60 años sólo expresó procesos de cambio negativos, señalando fuertemente y con queja el siguiente “cambio” y diferenciación entre la juventud “de ellos” y “la juventud actual”: la pérdida del respeto entendida como proceso de decadencia de los valores, de la calidad del lenguaje y la educación en general, incluidos los hábitos de trabajo. La indignación frente a esta pérdida de respeto y modales fue acentuada cuando referían a mujeres jóvenes, estableciendo así un corte de género los procesos de cambio que son percibidos como negativos. La “culpa” y responsabilidad de estas transformaciones señaladas es, para este tramo etario, de los medios masivos de comunicación (citando programas de televisión como teleteatros argentinos) y de las drogas; asociando a su vez un aumento de la violencia con la juventud. El grupo entre 50 y 59, se refirió a por lo menos dos procesos de cambio (o, según ellos de decadencia), que se asocian al discurso sobre la juventud actual pero que refieren a procesos generales de cambio macro social: [1] el aumento en la valoración excesiva de la juventud y [2] la pérdida de la solidaridad. Un tercer proceso de cambio mencionado, y que fue evaluado como neutro, es que hoy los jóvenes asumen los roles de la adultez más tarde. Este tramo etario que maduró durante la dictadura fue también pesimista (tampoco vio procesos de cambio positivos), lamentó lo que definen como una “pérdida de la solidaridad” y lo explicó por las fuerzas del mercado (crecimiento del mercado juvenil y exaltación de “lo joven” que refuerza el relacionamiento y valoración diferencial por edades) y por las drogas fetichizadas.

En relación al tramo entre 40 y 49, mientras los procesos señalados hasta aquí por los mayores fueron siempre evaluados negativamente como procesos de decadencia, estos participantes señalaron tanto procesos evaluados negativamente como cambios positivos. Así se aparta de la visión decadentista sin llegar a ser por ello optimistas. Aunque el rol de los medios de comunicación definitivamente no es visto con el énfasis decadentista del grupo de mayores de 60 años, para esta cohorte las nuevas tecnologías sí marcan los nuevos ejes de inclusión-exclusión en nuestras sociedades actuales y pueden ser considerados como síntoma de un proceso que en este grupo aparece sólo sugerido: la disfuncionalidad de las familias. Por su parte, al

referirse a la despolitización de las nuevas generaciones el grupo mencionó al pasar dos posibles causas: el consumismo y la dictadura.

Sobre el tramo entre 30 y 39 años, frente al exhaustivo diagnóstico que hace este grupo de la decadencia del país (identificó 9 procesos diferentes, 8 evaluados negativamente y uno con ligero matiz positivo), sólo menciona una causa de la crisis de motivación: traducida a términos sociológicos, digamos que esta causa es que vivimos en sociedades diferenciadas donde el capital social es más importante al momento del acceso al empleo que el mero capital escolar.

En relación al tramo de 25 a 29, el menor uso de los espacios públicos sirvió para expresar las ambigüedades del “nosotros” en tanto que “adultos-jóvenes”; sus salidas actuales utilizan más espacios cerrados y privados (casas de amigos y familia) e implican una planificación de la actividad (como diferencia con los “jóvenes-jóvenes”). El aumento de la inseguridad también se enfatizó, si bien como un aspecto contextual. La actualidad mundial fue vista como el tiempo de la inestabilidad laboral: los grupos entendieron que los cambios laborales son buenos, pero también destacaron que la “generación” a la que pertenecen (así expresado en su discurso) vive estos cambios en forma conflictiva. Fue precisamente el grupo de hombres el que evaluó positivamente la flexibilización de los roles de género.

Con relación al tramo entre 20 y 24 años, la comparación de su propia experiencia con la de sus padres reintegra el contexto al señalar un proceso negativo: para sus padres fue más fácil independizarse. Al igual que la inestabilidad laboral expresada por el tramo de 25 a 29 años, este proceso negativo no es “un problema de la juventud” sino un proceso de cambio estructural que afecta a los jóvenes. Las causas propuestas para los procesos negativos son la crisis económica y el estancamiento productivo del país. Con referencia a los “adolescentes”, mencionan como positivo que hoy tienen más libertad, pero sin embargo han perdido movilidad en la ciudad por motivos económicos¹⁸.

Por último, el tramo entre 15 y 19 años, en una suerte de “reproducción” del discurso adulto, vio como negativos su propia despolitización y el papel de las nuevas tecnologías de la comunicación e información de las que disfrutaban. A su vez, el deterioro de la seguridad es visto como una causa del rol que los shoppings están cumpliendo en la sociedad actual como espacios de interacción entre pares.

El sector de ingresos bajos, como ya dijimos, fue también decadentista pero no llegó a discutir sistemáticamente causas para este diagnóstico. El tema del trabajo emergió como un aspecto muy preocupante (si bien los otros sectores tematizaron el trabajo no lo plantearon como uno de los procesos centrales en la decadencia de nuestra sociedad excepto casos puntuales). Los cambios en

¹⁸ Sin lugar a dudas en el uso de los espacios públicos urbanos (donde se incluye este aspecto mencionado) también influye fuertemente la accesibilidad a los mismos en términos de transporte. Este aspecto, si bien es por demás importante, no fue priorizado en nuestro análisis en esta oportunidad.

la familia fueron evaluados negativamente (con la excepción en ciertos tramos etarios sobre los cambios en los roles de género), sobretodo la maternidad temprana y las madres solteras.

Al analizar por tramo de edad, el tramo de los mayores de 60 años fue muy decadentista, y mientras sólo vio un proceso evaluado positivamente (los cambios en las relaciones de género), vio varios procesos negativos (la pérdida del respeto, el cambio del rol del trabajo en la biografía individual, el aumento de la violencia, de las drogas, la maternidad temprana y de madres solteras, la pérdida de la cultura tradicional, el avance de las tecnologías de la información y comunicación y el pasaje de la emigración política a la económica). Fue el único tramo de este sector de ingresos que tematizó causas de la decadencia, fetichizó las drogas como causa, pero agregó la crisis productiva y económica y planteó el dilema -sin resolver- acerca del trabajo: ¿el problema es la falta de oferta de trabajo o es la pérdida de los hábitos de trabajo entre los jóvenes?

El tramo de edad entre 50 y 59 años se quejó de la pérdida del respeto, los cambios en el área del trabajo, el consumo de drogas y los cambios en la familia. A pesar de que la mayoría de los procesos señalados son vistos como negativos (lo único reseñado como positivo es que estamos en democracia), no se dio una discusión que identificara las causas de dichos procesos. El tramo de 40 a 49 años compartió con el sector de ingreso medio su preocupación por los medios de comunicación y el consumismo, lo cual parece dibujarse como un rasgo generacional entendida aquí como “cohorte de nacidos”.

La discusión del tramo de 30 a 39 años se caracterizó por el omnipresente decadentismo (mencionó sólo procesos negativos) y por su evaluación moralista que los llevó a considerar como negativos a la totalidad de los procesos mencionados (por ejemplo, al igual que los mayores de 60 del sector medio, vio como negativa la relativización de los roles de género). En el tramo de edad entre 20 y 24 años continúa la evaluación general negativa del presente, pero no se señalaron procesos concretos de deterioro. A su vez, un participante defendió su versión posmodernista de la muerte de la historia, declarando que vive en un presente continuo (el grupo le dejó desarrollar su argumento y lo dio por válido).

Por último, el tramo de 15 a 19 compartió con el de 20 a 24 una menor perspectiva histórica, y señaló por lo tanto menos cantidad de procesos de cambio que los de mayor edad. No obstante, pudieron señalar tres negativos y uno positivo, siendo el proceso negativo más tematizado (un cambio lo suficientemente rápido como para ser vivido por los participantes en su experiencia de vida: el cambio en el tipo de consumo de drogas, en particular, la imposición de la pasta base).

4.3 CAMBIOS EN EL USO DE LA CIUDAD DETERMINADOS POR LA INSEGURIDAD

A la hora de abordar el uso de la ciudad el concepto de tiempo juega un rol central en el análisis, ya que si partimos desde la perspectiva de la “ciudad habitada”, las significaciones que tienen para los sujetos que habitan la

ciudades están asociadas a un momento histórico determinado, y esta significación sufre modificaciones a lo largo del tiempo, por lo que la “ciudad” que las personas van viviendo a lo largo del tiempo sufre constantes modificaciones. Este enfoque afirma que *“la vivencia de la ciudad puede abordarse a partir del concepto de “cronotopos”, el cual hace referencia, en oposición a la ciudad ordenada globalmente, a los modos diferenciales de articular el tiempo y el espacio, o sea, al uso... de lazos fuertes, de intensidades, de un habitar prolongado y otros pueden ser espacios de errancia o de tránsito, menos intensos, más ajenos. De tal suerte estas diferenciales maneras de articular el tiempo y el espacio, dan cuenta de representaciones distintas en función de la experiencia de lo urbano.* (Filardo et. 2004:11)

Con el objetivo de visualizar este fenómeno volveremos brevemente a la inseguridad ciudadana, que opera como un factor que impacta directamente en las diferentes significaciones de la ciudad que han vivido los montevideanos en los últimos años. En los grupos de discusión analizados en el presente informe desde las diferentes clases sociales y grupos etarios se marca con insistencia que el uso de la ciudad ha sido modificado con respecto al pasado por un creciente estado de inseguridad, apoderándose de los recorridos y los lugares antes considerados como “propios”. Ahora bien, ¿de que forma la inseguridad se expresa como un aspecto que a lo largo del tiempo se posiciona como una limitante al uso de la ciudad? Discutiremos de aquí en adelante que la manera en que ha operado este cambio en la dinámica de la ciudad no se expresa de la misma manera desde las diferentes posiciones sociales ni implica consecuencias similares para todos los habitantes de la ciudad. En definitiva, este cambio en la ciudad no es vivido por todos de la misma manera ni influye con la misma fuerza en la realidad cotidiana de las personas. Hay quienes pierden más y peor, y quienes tienen capacidad de respuesta y opciones para recuperar aquello que se ve amenazado. Se ponen en juego los recursos sociales, las opciones de cada grupo social y su capacidad de influir en las decisiones públicas y lo atractivo que sean para el mercado (en términos de ofertas de dispositivos que otorgan “seguridad”).

En los grupos de ingresos altos, existe una gran diferencia con el resto de las clases relevadas con respecto a la influencia de la inseguridad en el uso de la ciudad. Si bien todos reconocen la existencia de la inseguridad en la ciudad, son muy pocas las ocasiones donde expresan que se han visto obligadas a modificar sus costumbres y recorridos cotidianos. Si bien para ellos Montevideo en términos generales es una ciudad más insegura que en el pasado, no expresan que ello ha afectado significativamente su vida y su recorrido urbano en función de ello; esto es, que la inseguridad a través del tiempo se ha instalado en su concepto de la ciudad, pero no ha afectado sus recorridos y uso. En este sentido, a modo de ejemplo, las menciones a la inseguridad refieren a situaciones bien concretas y de poco impacto en los recorridos urbanos, tales como: “Incluso antes ibas al centro y dejabas el auto por Maldonado por ahí abajo, si volvés después de las 8 de la noche te da miedo.” (Grupo de mujeres de 50 a 59 años, clase alta) En los sectores de clase media, se reconoce que la inseguridad es un fenómeno creciente en la ciudad, pero este aumento se circunscribe a lugares y horarios concretos que no necesariamente están relacionados con su uso rutinario de la ciudad. En todo

caso son lugares remplazados por otros más seguros o directamente abandonados, sin implicar por ello grandes modificaciones en su estilo de vida. El cambio que han vivido en el uso de la ciudad radica entonces en evitar ir a ciertos barrios considerados como inseguros o realizar ciertos circuitos nocturnos. Cabe destacar que estos barrios considerados peligrosos son que de todas maneras no se encuentran en sus recorridos rutinarios, por lo que se opta por dejar de ir a lugares que iban en ocasiones muy particulares. Es de esta manera que estos sectores se ven obligados a realizar algunos “ajustes” en sus recorridos habituales:

- Siempre anduve sola, tres de la mañana, de un barrio al otro caminando, nunca tuve problemas con nada, ni miedo mucho menos, nada. Ahora baja el sol y yo no ando en ómnibus, a no ser que me lleven en auto, no me muevo o me tomo un taxi. Por ejemplo, entonces ese es un lugar que yo no siento mío, la calle... (Sector de ingreso medio, mujeres de 25 a 29)

En el sector bajo, existe un discurso que emerge de forma muy reiterada donde se indica al aumento de inseguridad como un fenómeno narrado por sus características dramáticas, donde la gran diferencia en el uso de la ciudad con respecto al pasado es la pérdida del barrio como espacio de interacción y contención social. En este sentido, se plantea una pérdida de las redes básicas que antes constituían la trama social del barrio. De esta manera la inseguridad se ha instalado en sus vidas cotidianas y la afecta de forma muy clara, se plantea que a diferencia del pasado, el tránsito y el uso de la ciudad está condicionado por la inseguridad.

Esta pérdida del barrio en casos extremos plantea un sentimiento de ajenidad con el entorno que cuestiona la propia identidad de las personas “acá sí, a mí me pasa eso desde hace unos años acá...cruzarme...vengo de estar medio oscuro y yo que sé...veo a uno (persona peligrosa) en la calle y me pongo muy mal...de mirarlo dos veces porque yo no me reconozco a misma... no me reconozco cuando voy por la calle y siento que caminan atrás mío y me doy vuelta...porque yo no soy esa. Entonces, primero me enojo conmigo...” (mixto 50-59, clase baja). De esta manera la inseguridad condiciona la los vínculos entre los vecinos: si antes la relación con el vecino era de confianza y solidaridad, ahora en el barrio viven personas que generan miedo e inseguridad.

Existen también importantes diferencias sobre la influencia que ejerce el aumento de la inseguridad en el uso de la ciudad según la edad de las personas. En las edades mayores, sin importar las clases sociales, se menciona la pérdida de la condición física asociada a una sensación de vulnerabilidad con el entorno. La vejez se asocia a una visión nostálgica del pasado, a la idea de que todo pasado fue mejor y, sobre todo, más seguro. Esta nostalgia del pasado se expresa en un contraste continuo con la juventud actual:

Porque las esquinas no eran como las esquinas de antes. Antes eran muchachos que trabajaban... -Y sí... -Se reunían en la esquina. -En la esquina... -Si a charlar... -A charlar, pero ahora no, la reunión de las esquinas en general es para drogarse, porque el muchacho que trabaja no va a la esquina porque sabe que

aunque sea un amigo, un vecino, es que se está drogando. (Sector de ingreso bajo, mayores de 60)

Con respecto a los discursos de los jóvenes, si bien estos reconocen que la ciudad es más peligrosa que “antes” hablan de la inseguridad como algo más general de la sociedad. Los adultos, en cambio, se refieren a situaciones concretas de su vida cotidiana. En los jóvenes, el “antes seguro” parte muchas veces del relato de los mayores, y no desde su experiencia cotidiana. Hay un grupo intermedio que está compuesto por aquellos padres que todavía se consideran jóvenes, que ubican a la sensación de inseguridad en sus hijos y no directamente con sus vidas. Esto quiere decir que se preocupan porque sus hijos estén seguros, menos expuestos, y sienten que los niños se encuentran en una situación de vulnerabilidad que debe ser atendida.

En síntesis, se ha visto que a medida que aumenta la edad de las personas, crece la referencia a un pasado mejor, la nostalgia de “un Montevideo más seguro”. La construcción social de la ciudad también sufre entonces un cambio con respecto al pasado: aparecen lugares indicados como peligrosos que interfieren y modifican el tránsito por la ciudad, y que se manifiestan como un claro diferencial a la ciudad “antes” habitada. En esta perspectiva, la fragmentación social se acrecienta y se generan “centros de inseguridad” donde las clases bajas los sufren y las clases medias y altas los evitan. Esta separación genera círculos viciosos donde las clases sociales cada vez interactúan menos y las distancias se vuelven mayores. La construcción del “otro” se convierte cada vez más en un “otro peligroso” y por lo tanto hay que huir de él o combatirlo.

CONCLUSIONES

En relación a las clases de edad, afirmamos que operan en la “actitud natural” como designadores rígidos de procesos sociales varios: se mostró que las clases de edad son situadas y relativas. Nos habíamos planteado: [1] Indagar los sentidos atribuidos en referencia a las clases de edad en general y a “la juventud” en particular, [2] intentar aprehender diferencias en el sentido atribuido al “ser joven” (o adulto, o viejo) en la actualidad, en función de las posiciones en las que se ubican los individuos en el espacio social, y [3] localizar conflictos, vínculos, distancias y cercanías en la percepción de las clases de edad.

En la determinación de las clases de edad, identificamos tres procedimientos distintos: [1] la miopía etaria (que se da en los extremos de la escala de edades, para los más jóvenes todos los mayores de 40 son “viejos”, [2] la hipermetropía (que hace borrosas las fronteras de edad que se quiere cruzar) y [3] la “visión doble” (que a diferencia de los procesos anteriores, no respondió a estrategias de regulación de autoimagen, sino a la superposición de dos criterios en competencia, para el caso en relación a la importancia de la imputabilidad legal). Rastreamos en la determinación de los tramos de edad los argumentos [1] naturalistas, [2] construccionistas y [3] relativistas, así como las estrategias [1] simbólicas o [2] reales desplegadas para regular la autoimagen.

En el sector de ingreso medio, el relativismo se hizo dominante en el borde superior de la escala, en los tramos de mayor edad (50 a 59 y mayores de 60) y lo mismo pasó con el desarrollo de estrategias, predominantemente simbólicas. El naturalismo nunca desaparece y sus supuestos aparecieron en todos los tramos, pero deja lugar a un construccionismo dominante en aquellos períodos de la vida en que las personas tienen que hacer sentido de nuevos roles y status asumidos o por asumir (como la familia y responsabilidades en el tramo de 25 a 29, o la pérdida de capacidad de ocio y relacionamiento y apariencia joven en el tramo de 40 a 49).

El sector de ingreso bajo mostró una ley de envejecimiento más temprana: los mayores de 60 se agotaron en el lamento naturalista y el relato de la enfermedad y el tramo de 50 a 59 mostró una fuerte conciencia construccionista de su pérdida de centralidad a causa de la moratoria social. El tramo de 40 a 49 fue el primer tramo de edad que logró ensamblar sus intentos relativistas en una estrategia simbólica, lo que también apunta a una ley de envejecimiento más temprana. No hubo referencias a estrategias reales, porque -a excepción del relacionamiento diferencial- los roles sociales de este tramo no han cambiado mucho (aunque se sienten viejos para buscar empleo, todavía conservan el suyo). Pero su relativismo sí se plasma en una estrategia simbólica muy parecida a la “segunda juventud” de los mayores de 60 en el sector medio (otra vez una ley de envejecimiento más temprana): los participantes acordaron estar viviendo una “juventud con conocimiento.” En el tramo de 30 a 39, mientras en el sector medio la tensión entre el naturalismo y el relativismo se resolvió a favor del primero, en el sector bajo el relativismo fue más fuerte: cuando se les preguntó si se consideran jóvenes, se hizo evidente que el argumento del espíritu joven se también transformó en este tramo en una “estrategia del espíritu joven”, logrando regular la autoimagen de los participantes. El relativismo que en el sector medio se instala en el borde superior de la escala aparece entonces mucho antes en el sector de ingresos bajos. Del tramo entre 20 y 25 años de edad resaltó su construccionismo, rebelando la falta de poder y recursos de los jóvenes frente a sus mayores tal como la vive esta cohorte. Debido a que se consideraron jóvenes por su edad (naturalismo) y por su carencia de poder y recursos (construccionismo), no plantearon estrategias simbólicas ni reales dado que no necesitaron regular su autoimagen. Al igual que en los sectores de ingreso medio, el tramo de edad de 15 a 19 fue construccionista: destacaron los 18 como la transición a la imputabilidad legal y la centralidad del trabajo, que lógicamente será una preocupación mayor para los jóvenes pobres. Resumiendo, para los sectores de menores ingresos, se es adulto a menor edad que en el sector medio y alto, y también se asume la vejez más temprano en términos de edad. Por otra parte, los sectores de menores ingresos “aceptan” con mayor naturalidad estos pasajes (más veloces que en el caso del sector medio y alto) sin un despliegue de estrategias simbólicas ni reales para ajustar su autoimagen respecto a las clases de edad.

En el sector de ingreso alto los mayores de 60 tuvieron expresiones construccionistas (se quejaron de la moratoria social, percibieron la reacción societal y admitieron el relacionamiento diferencial por edades) y también el peso del relativismo (argumento del espíritu joven y relativismo cultural) fue

dominante. En relación a las estrategias simbólicas, el grupo desarrolló la miopía etaria (agregaron entre “adultos” y “viejos” el tramo de “maduros”) y la estrategia de la “juventud acumulada”. Desarrollaron también una estrategia real presente en su entorno social; la estrategia de la disciplina física. El tramo de 15 a 19 muestra un construccionismo similar a los del sector bajo al destacar también la imputabilidad legal y la centralidad del trabajo. Hipotetizamos que, mientras en el sector bajo la centralidad del trabajo está dada por la necesidad económica, en este grupo podría deberse a una ética del trabajo más pronunciada que se diferencia de la de los sectores de ingreso medio (donde sus coetáneos están disfrutando sus nuevas libertades y ocios y no preocupándose por las consecuencias de sus decisiones actuales en su futuro laboral). No desarrollaron estrategias simbólicas y dejaron entrever la estrategia de la disciplina física que ya sus mayores habían destacado. Aunque no tenemos datos para explorar con más detalle la hipótesis, este énfasis en la disciplina del cuerpo nos hace pensar que mientras en los sectores medios predominaron las estrategias simbólicas (discursivas), en los sectores de ingreso alto se suman las estrategias reales ya más costosas.

Propusimos una visión de la ciudad desde la perspectiva del habitante, que aparece como un conjunto de relaciones situadas cargadas de un conjunto de representaciones, propias de la posición de la persona en esas relaciones. Las personas consideran que un espacio es “público” en la medida en que es posible el encuentro y la interacción efímera con otros desconocidos; personas con los que no existen vínculos estables, que no pertenecen a los círculos de intimidad. En los grupos de discusión vimos que las personas en función de su posición viven y representan la ciudad con mapas diferentes, que se expresan en circuitos de uso diferenciales. Distinguimos entre 1] espacios segmentados, 2] espacios de segregación de la interacción y 3] espacios compartidos y los conflictos que surgen en ellos.

En la visión del sector de ingreso medio, los tramos más jóvenes responsabilizaron a los “viejos” y “veteranos” por el conflicto de edades. Esta percepción del conflicto de edades disminuyó con la edad, mientras que la percepción del conflicto de clase aumentó gradualmente. El sector medio mostró un lamento, creciente con la edad, por la pérdida de los espacios abiertos y públicos (y para el caso, de la esfera pública) en relación a la inseguridad.

Mientras en el sector medio el lamento por la “pérdida” del espacio público aumentó con la edad, en el sector de ingreso bajo lamentó esta pérdida por igual en todos los tramos de edad. Hubo muchísimas más referencias a la segmentación que a estrategias de segregación de la interacción que permitieran la convivencia de los grupos de edad. Mientras para el extremo de mayor edad en la escala el “sujeto de inseguridad” fueron “los jóvenes” – estigmatizados en referencia a su espacio segmentado: la esquina-, entre los más jóvenes, la mirada se desplaza hacia otros jóvenes más carentes de recursos (los del cante) y hacia las tribus urbanas de planchas y metaleros.

El sector de ingresos altos no compartió con los otros dos sectores el lamento por la pérdida del espacio público: sólo discutió su preocupación por la

inseguridad en términos de pequeñas molestias (como no estacionar lejos de 18 de julio en el centro, o declarar que no irían a barrios que de todas formas no están incluidos en su circuito habitual) y su concepción del lazo social no se centró en la defensa del uso de los espacios urbanos.

En el capítulo sobre inseguridad, [1] se consideraron los mecanismos discursivos que naturalizan la relación de la pobreza y la juventud con la delincuencia, [2] se mostró cómo el peso que adquieren ambas dimensiones (económica y etaria) en la caracterización de estos sujetos presenta variaciones correlativas a la clase económica y de edad de los participantes en el grupo de discusión, y [1] se analizaron las respuestas al estigma que ofrecen los grupos de clase y edad cuando se aproximan a los atributos señalados en los estereotipos.

Señalamos el estigma sobre los jóvenes pobres. El mapa de lugares considerados inseguros sigue los espacios urbanos habitados o comúnmente frecuentados por ellos. A su vez, la marcación del lugar tiene consecuencias sobre sus residentes, funcionando como potenciador de los procesos de exclusión. (a) La importancia asignada a la percepción de inseguridad, (b) la naturaleza de los sujetos identificados como “peligrosos”, y (c) el auto-reconocimiento de los miembros del grupo en tanto sujetos peligrosos señalados por otros, varían según la posición social del individuo en un espacio de relaciones económicas y de edad. Los sectores de ingreso alto (sin distinción de edad) asignan una importancia relativamente menor a los temas de inseguridad ciudadana en comparación con las clases medias y, sobre todo, las clases bajas. Se autoexcluyen de los lugares frecuentados por los sujetos peligrosos (la noche de las luces, los cantes, las bailantas), y el contacto se restringe a situaciones esporádicas (los “nenes” que rompen la plaza Gomenzoro, o los limpiavidrios de los autos).

En los sectores de ingreso medio, la inseguridad está más presente. La interacción (y el conflicto) en lugares comunes con los sujetos de inseguridad aumenta pero, correlativamente al aumento de la convivencia inter-clase, los niveles de estigmatización disminuyen. Ahora el discurso denota una mayor preocupación por distinguir con claridad (sin generalizar) tanto sujetos peligrosos como lugares inseguros. Pero además se aboga por una mayor inclusión e interacción de las clases en la ciudad.

En los sectores de ingreso bajo la inseguridad ocupó un lugar central. La dinámica de los barrios “segregados” hace que la convivencia con sujetos que producen inseguridad es vivida como algo cotidiano que moldea y condiciona el uso público del espacio urbano, y que a su vez obliga a un esfuerzo sistemático de diferenciación para desplazar a “otros” el estigma del cual son objeto. La estigmatización de los jóvenes es el resultado inmediato de esta dinámica, y la criminalización su correlato “natural”. Los sectores de ingreso alto y medio identifican marginalidad con peligrosidad. En los primeros, la identificación de sujetos viene generalmente acompañada de una mención explícita de la distancia social: habitantes de asentamientos, niños del cantegril, rastrillos del Cerro que no trabajan, “cabezas” (planchas en argentina) de las bailantas, planchas de otro círculo que viven en zonas distantes, “nenes” que van a la

plaza del barrio, pobres que “bajan” a la rambla en La Noche de las Luces, etc. En los segundos, la riqueza de denominaciones es mayor: Se mencionan a las “fichas” o “caras” habitantes de barrios marginales, los “planchas”, los “cumbieros”, los “menores” en situación de calle, los “pobres de los asentamientos” y “los jóvenes que presentan otro aspecto”. La edad está señalada, pero la dimensión económica domina en tanto rasgo distintivo de los sujetos vistos como peligrosos. Pero en los sectores de ingresos bajos, la posición económica, genéricamente considerada, pierde relevancia frente a la edad. En los jóvenes, los sujetos peligrosos (también jóvenes y pobres como ellos) aparecen mencionados directamente por su actividad delictiva y lugar de procedencia: : “bandas del liceo”, “malandros del barrio Maracaná”, “malandros del Cerro Norte”, “banditas de los cantes”, “malandros drogadictos del barrio”, “malandros del Borro que no trabajan”, “bandas de planchas y metaleros que se pelean en la esquina”, “rastrillos de 17 metros”. Al contrario, en los adultos el “problema de los jóvenes” ocupa el lugar más destacado.

El estigma opera con mayor fuerza en los grupos que reúnen ambas condiciones (jóvenes y pobres). Para los jóvenes (de 15 a 19 años) de nivel de ingreso bajo, existe una clara discriminación por parte de las clases altas, especialmente asociada al miedo. La vestimenta es considerada un signo inconfundible de la clase de pertenencia, y en consecuencia opera como principio de distinción, clasificación y publicación de una clase (económica y de edad) ajena al espacio público apropiado por las clases medias y altas. el estigma asociado al nivel económico es igualmente percibido por otras clases de edad pertenecientes al nivel de ingreso bajo. Por otro lado, son estos mismos sectores discriminados por su condición de pobres que en tanto adultos depositan en los jóvenes la carga del peligro. Algo similar ocurre con los jóvenes de clase media, que en un sentido inverso a los adultos de clases bajas experimentan la discriminación de los otros por su condición de jóvenes y al mismo tiempo se apoyan en su posición económica para distinguirse de los “sujetos amenazantes”. Cuando un grupo cumple con una de las “marcas”, se recuesta en la otra para distinguir a unos “otros”. Como la miopía se incrementa con la distancia social, en las clases de edad alejadas de la juventud la clasificación se realiza sin distinguir con precisión la edad de la clase económica, por lo que los jóvenes de ingreso medio deben acreditar permanentemente su condición de clase económica (“no pobres”), para usar el espacio público propio de esa posición.

En todos los grupos de discusión realizados -salvo en el caso de mujeres mayores de 60 años de ingreso alta- el discurso fue “decadentista”, objetivando procesos de deterioro donde “todo tiempo pasado fue mejor”. Predominan fuertemente una visión decadentista y alusiones a elementos destacados como negativos de la juventud actual. Esto ocurre con relativa independencia de sector de ingreso y tramo de edad desde los cuales se construye el discurso. Los aspectos son diversos, destacándose entre ellos la despoltización de la juventud actual, la pérdida de respeto y/o modales, una mayor violencia e inseguridad, el consumo de drogas en general o ciertas drogas en particular, seguidos luego del aumento del consumismo, la influencia de las nuevas tecnologías de la comunicación y los cambios en la familia y arreglos familiares. , si bien fueron escasos los aspectos “neutros” mencionados en los grupos que

caracterizarían la juventud actual, éstos se concentran, en los sectores medio y alto, en alusión sistemática a un proceso de “prolongación de la juventud”. En el caso del sector bajo este aspecto no sólo se ausenta sino que aparecen como aspectos negativos la maternidad temprana, las diferencias de arreglos familiares (citando entre ellos hogares monoparentales), aspectos que en muchos casos son manifiestos como símbolos de entrada al mundo adulto. Los aspectos positivos mencionados desde las distintas clases sociales fueron una mayor libertad con la que viven los jóvenes hoy, en algunos casos la flexibilización de los roles tradicionales de género y sus relaciones, y en menor medida (esto expresado desde las posiciones de mayor edad) una relación más cercana o mayor relación “intergeneracional”, entendiéndose esto en un sentido genealógico (en concreto, las relaciones de los hijos jóvenes actuales con sus padres). sólo se buscaron explicaciones para los procesos negativos señalados y no para los positivos o neutros. Nuevamente el discurso de los sectores medios se caracterizó por su actitud más reflexiva, “relativizadora”, siendo el único sector que, también frente a este tema, debatió los argumentos sistemáticamente. el poco debate en el sector alto de mayor edad (grupo de más de 60 años) se vincula más con la no identificación de procesos sociales negativos de cambio en la juventud en tanto clase de edad, mientras en el grupo de los adolescentes el proceso identificado como negativo (la imposición del consumo de pasta base) se vio como afectando centralmente a otras clases sociales, mientras que el consumo de drogas propio de su sector social no fue evaluado como un proceso negativo sino neutro.

A medida que aumenta la edad de las personas, crece la referencia a un pasado mejor, la nostalgia de “un Montevideo más seguro”. La construcción social de la ciudad también sufre entonces un cambio con respecto al pasado: aparecen lugares indicados como peligrosos que interfieren y modifican el tránsito por la ciudad, y que se manifiestan como un claro diferencial a la ciudad “antes” habitada. En esta perspectiva, la fragmentación social se acrecienta y se generan “centros de inseguridad” donde las clases bajas los sufren y las clases medias y altas los evitan.

BIBLIOGRAFÍA

- Arrieta Urtizberea, A. (1998) Reflexiones acerca del tejido de tesis kripkeanas. Revista de Filosofía de la Universidad Complutense de Madrid, Número 20.
CLACSO /NUEVO SIGLO, Buenos Aires.
- Arim, R., Furtado, M. y Rama, M. (1996): Magnitud de la pobreza y distribución del ingreso en Uruguay : un análisis espacial y temporal en el quinquenio 1990-1995. Ponencia presentada a las IX Jornadas de Economía, Banco Central de Uruguay, Montevideo.
- Berger, P., Luckman, T. (1966/1968): LA CONSTRUCCIÓN SOCIAL DE LA REALIDAD. Amorrortu. Buenos Aires
- Blumer, H. (1956): Sociological análisis and the 'variable'. American Sociological Review, 21: 683-690.
- Boltanski, Luc (1975): LOS USOS SOCIALES DEL CUERPO. Periferia, Buenos Aires.
- Bourdieu, P. (1979/1991): LA DISTINCIÓN. CRITERIO Y BASES SOCIALES DEL GUSTO. Taurus. Madrid.
- Bourdieu, Pierre (1980): Le capital social. Notes provisoires. En Actes de la recherche en sciences sociales, vol. 31, janvier, págs. 2-3.
- Bourdieu, Pierre (1990): SOCIOLOGÍA Y CULTURA. Editorial Grijalbo. / Conaculta. Colección Los Noventa, México.
- Bourdieu, P. (1993): Deporte y Clase Social. En Barbero, Ignacio (cdor): MATERIALES DE SOCIOLOGÍA DEL DEPORTE. Las Ediciones de la Piqueta, Madrid.
- Bourdieu, P. (1994/1997): RAZONES PRÁCTICAS. SOBRE LA TEORÍA DE LA ACCIÓN. Anagrama, Barcelona.
- Buchelli, M. y Rossi, M. (1994): La distribución del ingreso en el Uruguay. Documento de trabajo del Departamento de Economía de Facultad de Ciencias Sociales, Montevideo.
- Callejo, J.: GRUPO DE DISCUSIÓN: LA APERTURA INCOHERENTE. Universidad Nacional de Educación a Distancia. Madrid (2002)
- Cardeillac, J (2002) Vejez y Sistema político. Una aproximación a la construcción social de la vejez en el Parlamento. Informe final del Taller de Sociología de la Tercera Edad. Montevideo (Monografía de grado inédita).
- Durkheim, E. (1895/1962): THE RULES OF SOCIOLOGICAL METHOD. Free Press, Glencoe.
- Filardo, V. y Muñoz, C. (2001) Vejez en el Uruguay. Hacia una sociología de las relaciones de edad En URUGUAY DESDE LA SOCIOLOGÍA. Compilador: E. Mazzei. Departamento de Sociología. FCS.
- Filardo, V. *et al.* (2001) TRIBUS URBANAS EN MONTEVIDEO. NUEVAS FORMAS DE SOCIABILIDAD JUVENIL. Trilce, Montevideo.
- Filardo, V.; Aguiar, S.; Cardeillac, J.; Noboa, L. (2004) USOS DE LA CIUDAD Y ESPACIOS PÚBLICOS VISTOS DESDE LAS RELACIONES DE EDAD, Documento de Trabajo Nº 73 Departamento de Sociología FCS-UdelaR
- Filardo, V., Aguiar, S., Cardeillac, J., Farías, E., Noboa, L. (2005): La ciudad: las múltiples ciudades. Documento de Trabajo Nº 73. Departamento de Sociología – Universidad de la República. Montevideo
- Filardo, V., Aguiar, S., Farías, E., Muñoz, C., Noboa, L., Chouhy, G., Schinca, P., Rojido, E. (2006) : Las clases de edad y el uso de los espacios urbanos. Análisis de cinco grupos de discusión. Documento de Trabajo Nº 75. Departamento de Sociología – Universidad de la República. Montevideo
- _____ (2006) : Genética de la inseguridad ciudadana. . Departamento de Sociología – Universidad de la República. Ponencia presentada en Seminario Las Brujas Noviembre del 2006. En prensa.
- Foucault, M. (1991/1990): TECNOLOGÍAS DEL YO Y OTROS TEXTOS AFINES. Paidós/ICE-UAB, Buenos Aires.
- Foucault, M. (2004/2006): SEGURIDAD, TERRITORIO, POBLACIÓN. Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires.
- García Canclini, N. (1997): IMAGINARIOS URBANOS. Editorial Universitaria de Buenos Aires, Buenos Aires.
- Goffman, E. (1963/1993): ESTIGMA. LA IDENTIDAD DETERIORADA. Amorrortu, Buenos Aires.
- Greimas, A.J. (1966/1971): SEMÁNTICA ESTRUCTURAL. Gredos, Madrid.
- Ibáñez, J. (1996): El análisis de la realidad social. Alianza, Madrid.
- _____ (1979) Más allá de la sociología. El Grupo de Discusión: Técnica y Crítica. Siglo XXI de España Editores, SA Madrid.

- Helmslev, L. (1938): *Essai d'une théorie des morphèmes*, Actes du IVe Congrès international de linguistes 1936, Copenhague, 140-151. (Citado por Alcaraz, E. y Martínez, M. (1997: 422-423): *DICCIONARIO DE LINGÜÍSTICA MODERNA*. Ariel, Barcelona)
- Jakobson, R. (1976): *El concepto lingüístico de rasgos distintivos. Reminiscencia y meditaciones*. En: *NUEVE ENSAYOS DE LINGÜÍSTICA GENERAL*. Siglo XXI, México.
- Kaztman, R. (2005): *Segregación espacial, empleo y pobreza en Montevideo*. Revista de la CEPAL 85.
- Kripke, Saúl (1971): *Identidad y necesidad*. En Valdés (1991, compilador): *LA BÚSQUEDA DE LA SIGNIFICACIÓN*: 98-11. Tecnos, Madrid.
- Kripke, S. (1972/1980): *NAMING AND NECESSITY*. Harvard University Press, Cambridge.
- Lasén Díaz, A. (2000) *A CONTRATIEMPO: UN ESTUDIO DE LAS TEMPORALIDADES JUVENILES*. CIS. Siglo XXI, Madrid
- Margulis, M. (1996) *LA JUVENTUD ES MÁS QUE UNA PALABRA*. Biblos, Buenos Aires.
- Martín Criado, E. (1998) *PRODUCIR LA JUVENTUD. CRÍTICA DE LA SOCIOLOGÍA DE LA JUVENTUD*. ITSMO, Madrid.
- Miles, M.B., Huberman, A.M. (1994) *QUALITATIVE DATA ANALYSIS: AN EXPANDED SOURCEBOOK*. Sage Publications.
- Saussure, F. de (1916/1983): *CURSO DE LINGÜÍSTICA GENERAL*. Alianza, Madrid. (Las lecciones originales recopiladas póstumamente tuvieron lugar entre 1857 y 1913.)
- Schutz, A. (1971): *COLLECTED PAPERS, I*. The Hague, Martinus Nijhoff.
- Strauss, A., Corbin, J. (1994): *BASICS OF QUALITATIVE RESEARCH. TECHNIQUES AND PROCEDURES FOR DEVELOPING GROUNDED THEORY*. Sage Publications.
- Saraví, G. (2004): *Segregación urbana y espacio público: los jóvenes en enclaves de pobreza estructural*. Revista de la CEPAL 83.
- Urresti, M. (2000): *Paradigmas de participación juvenil: un balance histórico*. En Balardini, S. (comp): *La participación social y política de los jóvenes en el horizonte del nuevo siglo*. Buenos Aires, CLACSO
- Vigorito, Andrea (1999): *Una distribución del ingreso estable: el caso de Uruguay 1986-1997*. Documento de Trabajo 6/99 del Instituto de Economía, Facultad de Ciencias Económicas, Montevideo.
- Wacquant, L. (2001): *PARIAS URBANOS. MARGINALIDAD EN LA CIUDAD A COMIENZOS DEL MILENIO*. Manantial. Buenos Aires.
- Weber, M. (1922/1964): *Economía y Sociedad: Esbozo de una sociología comprensiva*. Vol. I F.C.E., México.